JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

JOAQUIN COSTA

O

EL ESPÍRITU FUERTE

Drama simbólico en tres actos



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1916



JOAQUIN COSTA
O EL ESPÍRITU FUERTE

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

Joaquín Costa

— o —

EL ESPÍRITU FUERTE

DRAMA SIMBÓLICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

José Fola Igúrbide

Estrenado con gran éxito en el Teatro Circo, de Zaragoza,
el día 14 de Diciembre de 1915



BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
15, Barbará, 15
1916

A mi buen amigo, compañero de letras y empresas

Don Ricardo Estrada

A usted se debe la brillante consagración escénica que ha tenido este drama, tanto en Barcelona como en Zaragoza, (*)

Sirva este pequeño homenaje de ofrenda de mi gratitud.

EL AUTOR

(*) Este drama es refundición del que se estrenó en el gran Teatro Español, de Barcelona, con el título de LA LOCURA DE UN PUEBLO, muy bien representado por la actriz señora Marsal y otras varias, y por los actores señores Guitart, Ballart, Marcet y otros.

REPARTO

Personajes y símbolos	Intérpretes
DOÑA EVA (España).	Sra. Montálvez.
AURORA (La verdadera libertad).	» Soriano.
ROSARIO (La tradición supersticiosa).	» Arqué.
LIBRADA (Libertinaje).	» Hernández.
JOAQUÍN (Ciencia y patriotismo).	Sr. Soto.
MANUEL (El toreo reinante).	» Sánchiz.
LORENZO (La reacción).	» Piera.
RAIMUNDO (Revolucionario de charla). . . .	» Capdevila.
ROQUE (El trabajo agrícola).	» Martorí.
ANTONIO (El trabajo mecánico).	» Gómez.
PROFESOR DE FRANCÉS (La enseñanza). .	» Aguiló.
DON JUDAS (La mala administración). . . .	» Pujol.
EDITOR.	» Aguiló.
MÉDICO.	» Fernández.

La acción en Madrid. Epoca actual.



ACTO PRIMERO

Sala de lujo con salidas laterales y al foro. En las paredes cuadros con retratos al óleo que figuran ser los de Calomarde, Espartero, O'Donell, Narváez, Prim, etc. Mesa escritorio a la derecha.

ESCENA PRIMERA

DOÑA EVA y DON JUDAS.

EVA — Necesito ése dinero a todo trance.

JUDAS — Dudo que podamos obtenerlo a un interés tan bajo.

EVA — ¿Al diez por ciento le parece bajo?

JUDAS — A mí me parece muy alto, pero esta no es la opinión de los prestamistas.

EVA — Acabarán por exigir el ciento por ciento. Esos hombres no tienen entrañas. Antes se contentaban con el seis.

JUDAS — No olvide la señora que antes podíamos hacer estas operaciones sobre primeras hipotecas. Ahora las fincas ya vienen gravadas, y como es natural, el dinero se hace más exigente.

EVA — ¿Y a qué interés?

JUDAS — Al doce, por lo menos.

EVA — Eso es abusar de las gentes, don Judas.

JUDAS — Así lo creo yo también, doña Eva.

EVA — ¿Pero cómo ha caído tanto mi crédito?

JUDAS — Qué sé yo... Qué sé yo.

EVA — Será preciso hacer economías... Habrá que darle la razón a mi hijo Joaquín...

Pero que no nos oiga... Que no nos oiga. (*Mirando con recelo a la primera puerta izquierda.*)

JUDAS (*Después de haberse aproximado a dicha puerta.*) Tranquilícese la señora... Se halla muy ocupado en sus estudios.

EVA Me aturde con sus sermones, pero no dejo de reconocer que tiene muy buen entendimiento. ¡Qué lástima que se haya resentido su salud!... ¡Pobre hijo mío! ¿No nos darían el dinero al once?... ¡Pobre Joaquín! ¡Pobre Joaquín!

JUDAS No, señora.

EVA ¿Y al once y medio?

JUDAS Tampoco.

EVA Y lo que él dice... Que tengas juicio, madre... Haz vida más modesta... Procura evitar todo gasto innecesario... ¡Qué desgracia de hijo con el talentazo que tiene!... Bueno. Si no hay otro remedio. ¿Qué le hemos de hacer? Tome usted cuatro mil duros al doce.

JUDAS ¿Para cuándo necesita la señora esa cantidad?

EVA Para pasado mañana.

JUDAS ¡Hum!

EVA ¿Nuevo tropiezo?

JUDAS El plazo es muy perentorio.

EVA Muévase usted. El dinero me hace falta para ese día.

JUDAS ¿No puede aguardar la señora?

EVA Ni un día más. Pasado mañana es sábado y si no pago unas cuentas atrasadas, no nos hará entrega la modista de los trajes de manola que está confeccionando para mis hijas Librada y Rosario, sin contar el mío, que es también muy primoroso. Los tres de finísima seda y riquísimo encaje.

JUDAS Me hace recordar la señora que el domingo torea su hijo Manuel.

EVA Y pensamos ir al paseo después de pre-

senciar la salida de mi hijo de la Plaza. ¡Que rabien los envidiosos! Mas, por Dios, que no se entere, tampoco, Joaquín... Ya sabe usted que es enemigo acérrimo de las corridas de toros. Yo no sé de qué pasta tan diferente han salido mis hijos. Manolito torero... Raimundo medio anarquista... Lorenzo metido siempre dentro de la Iglesia, y Joaquín, abogado, filósofo y qué sé yo cuantas cosas más. Los únicos que no pinchan ni cortan son Antonio y Roque.

JUDAS Confiese usted que su ojito derecho es Manuel.

EVA ¡Ay! Sí. No sé lo que daría por verle torear... con la sal que derrama aquel cuerpo, según dicen. Pero me da cada susto... ¡Que la Virgen le libre de una mala cogida!... Sólo de pensarlo me lleno de angustia... En resumidas cuentas; es preciso que el sábado se haga esa operación.

JUDAS Siento tener que decirla que...

EVA Sin remisión, don Judas.

JUDAS No sé cómo... No sé cómo...

EVA Piénselo.

JUDAS Si la señora se aviniese a dar una prima por la urgencia del negocio.

EVA ¿El doce por ciento y una prima además? ¡Esto es inicuo! Ofrezca cien pesetas.

JUDAS Es poco.

EVA Doscientas...

JUDAS Creo que con doscientas cincuenta...

EVA Bien... bien... No se hable más del asunto. Alguien viene. Váyase para aprovechar el tiempo.

JUDAS ¿De modo que?...

EVA Conforme... Conforme...

JUDAS (Al hacer mutis.) Así se medra. (Vase por el foro.)

ESCENA II

Aparece AURORA, vestida de blanco muy sencillamente, por la segunda derecha.

EVA — Vienes llorosa. ¿Qué tienes?

AURORA — Mi hermana Rosario que me arrojó a la cara su libro de oraciones con toda su fuerza.

EVA — La habrás ofendido como siempre, olvidando que es tu hermana mayor.

AURORA — Eso es... ¡Como siempre! ¡Qué desgraciada soy! (Dejándose caer en una silla.)

EVA — ¿Qué ha sucedido?

AURORA — Yo nada significo en esta casa. Soy la sierva de mis hermanas... Para ellas todo. Visten como princesas. Van a los bailes. Frecuentan los salones... Y yo... yo... vestida humildemente, siempre metida en casa...

EVA — Tú eres muy joven todavía... Ya te llegará el turno.

AURORA — Siempre dices lo mismo. ¡Qué escozor siento en la mejilla! Debe haberme lastimado. Mira.

EVA — La tienes un poco encarnada... No hagas caso.

AURORA — Mi hermana es una fiera cuando se irrita.

EVA — No la injuries. Tu hermana es una santa.

AURORA — ¿Y yo qué soy?

EVA — Haces gala con frecuencia de tus ideas algo libres... Demasiado libres.

AURORA — ¿Y qué culpa tengo yo de sentir este ardor en el alma? El espíritu es libre para volar y nadie puede cortar sus alas.

ESCENA III

Dichas y ROSARIO, vestida de negro, por la segunda derecha.

ROSARIO — ¡Bendita inquisición! Ya te haría ella enmudecer.

EVA ¿Por qué le arrojaste a la cara tu libro de oraciones?

ROSARIO Porque no quiero que en mi presencia lea ninguno de esos libros editados en francés.

AURORA Los leo para instruirme.

ROSARIO Ya sabes bastante. Esas lecturas de Balzac, Víctor Hugo y Zola... son un veneno para tu alma. Si quieres instruirte entrégate a la lectura de libros piadosos.

AURORA Para ti esos libros.

ROSARIO Ya lo oyes, mamá.

EVA Sigue los consejos de tu hermana.

AURORA ¡Valientes consejos!

EVA Eres incorregible, Aurora.

AURORA ¿Tú también contra mí?

ROSARIO Todos contra ti. Señal de que lo mereces.

AURORA Pero mamá debiera reconvenirte por la violencia de tus acciones... Me has lastimado la mejilla.

EVA Eso no está bien, tampoco, Rosario.

ROSARIO No la defiendas, mamá... Es una insolente. Me llamó farisea. Por eso la castigué.

EVA ¿Tuviste ese atrevimiento?

AURORA ¿Y por qué te dije yo eso?... Porque me llamaste sargenta.

EVA Eso no es ningún insulto. Tu padre fué también sargento, y, grado por grado, llegó hasta general. ¡Pobre don León de mi vida! ¡Y que mal ejemplo está dando tu hija.

AURORA ¿Mal ejemplo dices? ¡Si mi padre levantara la cabeza!...

EVA Hoy me coge su recuerdo por el punto de la sensibilidad... ¡Cuando pienso que lo mataron en la guerra de Cuba de tan mala manera... ¡Ay, mi don León!

ROSARIO No te aflijas, mamá. No te aflijas.

EVA ¡Aquel era un hombre! ¡Qué carácter! ¡Qué tesón el suyo! ¡Qué fino! ¡Qué

amable! ¡Qué cortés! ¡Qué caballero! ¡No eres buena hija! ¡Aurora... no eres buena hija!

AURORA Yo no soy buena porque sale de mis labios la verdad. Porque no te engaño ni sé disimular mis sentimientos. Porque no soy hipócrita. Yo deploro más que nadie la mala muerte que a papá le dieron en Cuba.

ROSARIO ¿Otra vez? Notas la pena que a mamá le produce ese recuerdo y tú te complaces clavándole el puñal.

EVA Hasta el fondo me llega del corazón. Si tu papá te oyera.

AURORA Y bien que nos falta su sombra. Desde que él ha muerto parece que todo el mundo tiene derecho a humillarnos y a meterse con nosotros.

EVA ¡Alto ahí! Basta de exageraciones. Aun vive tu madre.

AURORA Tú eres muy débil de carácter. Sólo tienes energías para mí.

EVA Ponle un candado a tu boca. Tu madre se hace respetar de todo el mundo.

AURORA No te hagas ilusiones, mamá.

EVA ¿Oyes esto, Rosario?

ROSARIO Ya la irás conociendo... Su boca es nido de víboras.

AURORA ¡Azuza! ¡Azuza a nuestra madre!

ROSARIO ¡Cállate, insolente!

AURORA ¿Y tú qué eres? Una indiscreta.

ROSARIO ¡Hereje!

AURORA ¡Inquisidora!

RAIMUNDO (Asomando la cabeza por la primera derecha.) ¿Queréis hacerme el favor de insultaros en voz baja?

ROSARIO Bueno, hombre, bueno.

RAIMUNDO Cualquiera puede escribir en esta casa.

EVA No interrumpas. Vete. (Desaparece Raimundo.) No tienes disculpa, Aurora, porque hasta del recuerdo de tu padre sacas partido para ofenderme.

AURORA ¿En qué te he ofendido?

EVA Exagerando de intento los males que os acarrea mi viudez.

ESCENA IV

Dichas y LIBRADA, en traje muy elegante y vistoso, por el foro.

LIBRADA (Cuadrándose y saludando militarmente.) A la orden.

ROSARIO ¡Librada!

EVA ¿De dónde vienes?

LIBRADA De muchos sitios. Madrid es tan grande que una se sumerge en sus calles.

EVA ¡Yo creí que estabas en tu gabinete haciendo labores!

LIBRADA Te has equivocado. Me salí furtivamente. Buenos días, Rosario. A ti no te saludo.

AURORA Ni ganas. Tú eres así. Hoy con ella; mañana conmigo. Siempre mariposeando... hasta que te enredes en alguna zarza.

EVA Pero, mujer. Vas y vienes... entras y sales, sin contar para nada conmigo.

LIBRADA Viva la libertad.

ROSARIO No tanto, hermana, no tanto.

AURORA Eso no es libertad; es libertinaje.

LIBRADA Dejadme vivir. Aurora no sale de casa. Rosario hace vida en la iglesia. ¿Qué he de hacer? A la calle... A la calle... A mí se me pegaron las costumbres de mi padre, que esté en gloria. Según cuenta mamá, cuando era miliciano, en un dos por tres cogía el fusil, se ponía el morrión que aun conservamos como una reliquia, y se salía gritando: ¡A la calle! ¡A la calle!

EVA ¿Y todo para qué? Para volver la mayor parte de las veces a su casa sin fusil y sin morrión.

ROSARIO Dinos algo. ¿A quién has visto?

LIBRADA A todos los míos.

ROSARIO ¿Quiénes son?

LIBRADA Todos los viejos elegantes que pululan por las calles de Madrid. Me tienen frita. Yo no sé qué encuentran en mi persona que apenas me atisba cualquiera de ellos en seguida se me dispara. Pero hoy he escarmentado a uno. ¡Ah! Pero no es esto lo que más me ha satisfecho. Mirad... mirad qué sortija. La he comprado por una friolera.

EVA ¿Has comprado otra alhaja? ¿Estás en tu juicio?

ROSARIO ¡Librada! ¡Librada!

LIBRADA Pasaba por la joyería de Riestra, nuestro joyero... La vi en el escaparate y me gustó tanto que no pude resistir a la tentación de adquirirla. ¡Qué tresillo de brillantes tan lindo. ¿Eh? ¡Y qué luces tan limpias tienen las piedras! ¿No te entusiasmas, mamá?

EVA ¿Y con qué entusiasmo, digo, con qué dinero quieres que la pague?

LIBRADA No te apures. Ya la pagarás cuando puedas.

EVA ¿Cuánto te ha costado?

LIBRADA Casi nada. Una bicoca.

EVA La suma; la suma.

LIBRADA Dos mil quinientas pesetas.

EVA ¡Ave María Purísima!

ROSARIO Es mucho, Librada, es mucho.

AURORA ¡Qué despilfarro!

EVA No, hijas. Esto ya se sale de la regla. ¡Hay que hacer economías!

LIBRADA Ya salió la cantata de Joaquín.

EVA Me obligáis a que me revista de carácter. Que sea esta la última vez que sin mi permiso compréis ninguna joya. ¡Me sofocáis!

ROSARIO Corrígete, Librada. Mira qué disgusto le has dado a mamá.

LIBRADA ¡Todo sea por Dios! ¡Tanto ruido por

tan poca cosa ! Aquí acabaremos por no poder salir de casa para no andar al revés como los cangrejos.

ESCENA V

Dichos y la criada LIBORIA, por el foro, con una factura.

LIBORIA ¡ Señora !

EVA ¿Qué hay?

LIBORIA De la joyería de Riestra han traído esta factura.

LIBRADA ¡ Qué desfachatez de joyero ! Quedamos en que la mandaría cuando yo le avisara. A ver. ¿Qué dice aquí? ¿Por un collar de perlas? ¡ Ah ! Ya me extrañaba. No se trata de mi sortija. Toma, mamá. Debes tú haber comprado esta joya. ¡ Qué callado lo tenías !.

EVA (Tomando la factura.) ¿Qué es esto? Por un collar de perlas. Cuatro mil pesetas. ¿Quién lo ha comprado?

ROSARIO Yo, mamá.

EVA ¿Tú?

LIBRADA (Con marcada ironía.) ¡ Rosario ! ¡ Rosario !

ROSARIO Lo compré, mas no para engalanar mi persona, sino para acrisolar mi fe. Lo compré con un fin muy piadoso y cristiano. Para obsequiar a Sor María de la Merced en el día de su cumpleaños.

EVA ¡ Un obsequio de cuatro mil pesetas !

LIBRADA Es mucho, Rosario, es mucho.

EVA ¡ Sólo esto me faltaba ! ¡ Somos perdidos !

LIBRADA Corrígete, Rosario. ¡ Mira qué disgusto le has dado a la mamá !

ROSARIO Mamá se disgusta porque no se ha percatado de todo el mérito que encierra mi dádiva.

AURORA ¡ No tenéis corazón !

ROSARIO Tú nó hables.

LIBRADA No añadas leña al fuego.
LIBORIA ¿Qué le digo al dependiente?
EVA Toma. Devuélvele la factura y que venga a cobrarla el sábado.
LIBORIA Está bien. (Vase Liboria por el foro.)

ESCENA VI

Los mismos, menos LIBORIA.

AURORA Ni tenéis corazón ni conciencia. Malgastáis superfluamente el dinero que hay en casa, sin reparar en que no es sólo vuestro. Sin fijaros en las gotas de sudor que tienen que derramar para ganarlo nuestros pobres hermanos en campos y talleres. Lo que nuestras tierras, ya desmedradas, producen a fuerza de trabajo, lo gastáis vosotras en fútiles caprichos. Os habéis apoderado de la voluntad de nuestra madre y abusáis de su cariño y de la debilidad de su carácter.
ROSARIO Atiende a lo que dice. Nadie la saca de su tema. ¿Eres tú débil, mamá?
EVA No, no lo soy.
AURORA Demuéstralo imponiéndolas silencio y respeto. Rosario no se apiada de ti. Librada sigue una conducta licenciosa.

ESCENA VII

Dichas y MAESTRO DE FRANCÉS por el foro. Es un anciano venerable de cabellos blancos.

MAESTRO ¿Hay permiso?
AURORA Mi maestro de francés.
EVA Me alegro que haya venido en tan excelente ocasión, para dar una prueba de la energía de mi carácter. No se volverá a decir en esta casa que es débil la viuda de don León. Lo aseguro.

MAESTRO Lo celebro, señora, lo celebro.

EVA El caso no es para que usted lo celebre.

MAESTRO Diga usted, doña Eva.

EVA El estado actual de mis negocios no puede ser más próspero, y mi fortuna es envidiable por muchísimos conceptos... No obstante, y como medida previsora de buen gobierno, he resuelto hacer economías, empezando por la supresión de gastos que no son de absoluta necesidad.

MAESTRO Hará usted muy bien, señora... Eso habla muy alto en favor de usted. Empieza por suprimir al maestro de francés. ¿No es eso?

EVA Exactamente. Me alegro que sea tan perspicaz.

AURORA ¡ Mamá ! ¡ Mamá !

EVA A guardar silencio o mando que te retires de mi presencia.

AURORA Está bien. Te obedezco. No saldrá ni una queja de mis labios.

MAESTRO Repito que es muy digna de alabanza esa conducta ; mas si usted no tiene inconveniente todo podrá conciliarse...

EVA ¿De qué modo?

ROSARIO No hay conciliación posible.

LIBRADA (Aparte a Rosario.) Cállate, Rosario. Oigamos hasta el fin.

MAESTRO Yo no ando tampoco muy sobrado de recursos. Las lecciones que doy a domicilio apenas me proporcionan el dinero suficiente para atender a los más precisos menesteres de la vida ; pero esto no importa ; seguiré siendo el maestro de francés de Aurora, prescindiendo de mis honorarios.

AURORA ¡ Gracias ! ¡ Maestro, gracias !

EVA ¿Cómo? ¿Sin retribución ninguna?...

MAESTRO Sí, señora ; sin ninguna retribución. Lo hago por la profunda simpatía que ha sabido inspirarme mi discípula. Considero que es una lástima que no acabe de

perfeccionarse en un idioma hacia el que siente tan decidida vocación y tan sobresalientes aptitudes.

ROSARIO Maestro... Usted no ha comprendido bien á mi mamá.

MAESTRO ¿Cómo que no?

ROSARIO No, señor.

MAESTRO Explíquese la señorita.

ROSARIO No se trata solamente de hacer economías... Esto es lo menos importante.

MAESTRO ¿De qué se trata?

AURORA Adivino tu pensamiento, Rosario. ¡No seas tan cruel con tu hermana!

EVA Digo que guardes silencio.

ROSARIO Se trata de que esa enseñanza del idioma francés ha servido sólo para inculcar en el espíritu inexperto de mi hermana las doctrinas de este siglo que son nocivas para la juventud y corrompen los puros sentimientos del alma.

EVA Magnífico, Rosario, magnífico.

AURORA Defiéndeme, Librada.

LIBRADA No puede ser, Aurora, no puede ser.

AURORA Acuérdate de las promesas que me hiciste no ha mucho tiempo afirmando que simpatizabas con mis ideas.

LIBRADA Ahora corren otros aires.

MAESTRO Me hago cargo de la situación, doña Eva. La señorita Rosario se ha explicado con mucha claridad, y puesto que no se acepta mi ofrecimiento, sólo me resta despedirme.

EVA Ya sabe, no obstante, que esta es su casa.

MAESTRO Muchas gracias. Adiós señorita Aurora.

AURORA (Llorando.) ¡Adiós, maestro, adiós!

MAESTRO (Acercándose a ella para estrechar su mano muy conmovido.) No llore usted. Ya vendrán mejores tiempos.

AURORA ¡Voy perdiendo la esperanza!

MAESTRO Logró cautivar mi alma, señorita, con las atenciones y bondades que siempre

tuvo para este pobre viejo... Tan es así que ya me había figurado que era usted mi hija. Me voy lleno de pena, como un padre a quien arrebatan el objeto de su cariño. Mis ojos también se humedecen... Un apretón de manos y hasta la vista.

AURORA (Llorando.) ¡No le olvidaré nunca!

MAESTRO ¡Adiós! ¡Adiós, hija mía! (Vase el maestro por el foro.)

ESCENA VIII

Los mismos menos el MAESTRO.

AURORA ¡Qué indignidad! ¡Qué vergüenza! ¡Malas hermanas! ¡Malas hermanas!

EVA ¡Joaquín!... ¡Huyamos! (Vase doña Eva por el foro.)

ESCENA IX

Aparece JOAQUÍN por la primera izquierda. En su semblante, pálido, nótanse las huellas de la enfermedad que le aqueja.

JOAQUÍN ¿Qué pasa?

AURORA Ampárame, Joaquín.

JOAQUÍN ¿Por qué me pides amparo?

AURORA Han despedido a mi profesor de francés.

JOAQUÍN ¿Le han despedido? ¿Por qué razón?

LIBRADA Por seguir tus consejos. Mamá quiere hacer economías.

JOAQUÍN ¡Y empieza por suprimir la enseñanza!...

LIBRADA Por algo había de empezar.

JOAQUÍN Yo quiero que se hagan economías, sí; pero es en los gastos superfluos que consumen la mayor parte de nuestra hacienda... Economías para vuestros lujos y derroches, mas no para privaros de las lecciones del maestro que dan saber al espíritu y ponen luz en la conciencia.

AURORA Hay algo más grave todavía. Mi profesor se ofreció a darme lecciones gratuitamente; pero Rosario... ¡Rosario!...

ROSARIO	No te detengas. Dilo sin escrúpulo alguno. Yo me opuse a que prosperara semejante determinación, porque creo firmemente que con ese aprendizaje se pierde la salud del alma.
JOAQUÍN	Debieras antes procurar la salvación de la tuya. Con esa absurda oposición has ocasionado un grave perjuicio a tu hermana.
ROSARIO	Creo por el contrario que aun debe agradecérmelo.
JOAQUÍN	Ciega estás, Rosario. Hay una niebla en tus ojos que te imposibilita para ver la verdad. Las almas no pierden la salud porque se hagan inteligentes... Ese es uno de tus muchos errores. La cultura no es una enfermedad como tú crees.
ROSARIO	Es un pecado.
JOAQUÍN	¿Y tú no eres pecadora?
ROSARIO	Todos lo somos. Unos más que otros.
JOAQUÍN	Has producido un daño.
ROSARIO	He producido un bien.
JOAQUÍN	Mira el bien que has producido. Al maestro le quitas un salario que le ayudaba a soportar la existencia. A tu hermana la privas de una de sus más bellas aspiraciones. Lesionas la ley de fraternidad que debe uniros. No le llames bien a eso. Llámale zizaña... Planta repulsiva que se cría en los jardines del alma para matar las flores del amor puro, del amor santo, que es el embeleso de la vida...
ROSARIO	Abusas de la superioridad de tu talento. Regocíjate, Aurora. Buen defensor te ha salido.
JOAQUÍN	Ya salió mi talento. No, Rosario... No es con el cerebro como se ventilan estas cuestiones.
ROSARIO	¿Cómo se ventilan?
JOAQUÍN	Con el corazón. La idea debe refugiarse en el sentimiento. La inteligencia debe hermanarse con la bondad para que no

se corrompa y llegue hasta la crueldad y el fanatismo. Pero esta vez no es tuya toda la culpa. Gran parte de ella corresponde a nuestra madre por haber consentido en que se lleve a cabo tan injusta medida.

ROSARIO ¿De tal manera te atreves a calificar sus acciones?

JOAQUÍN Hago justicia.

ROSARIO ¡Es tu madre!

JOAQUÍN Así es como yo la dignifico y así es como tu la desprestigias.

ROSARIO ¡Soy tu hermana mayor!

JOAQUÍN Nuestra hermana mayor es la Verdad.

ROSARIO Mi fe vale más que tu sabiduría.

JOAQUÍN Tu fe arranca lágrimas de dolor. Mi sabiduría tiende a enjugarlas.

ROSARIO ¿Tratas de humillarme? No perturbarás mi calma.

JOAQUÍN Lívida estás de cólera. Si pudieras pulverizarme lo harías. ¡Oh! Te conozco muy bien. Has cometido una mala acción y yo tengo el deber de reconvenirte.

ROSARIO Me dan tentaciones de...

JOAQUÍN Estás criando mala sangre... Ven. Desahógate... ¿A qué esperas? Pon tu mano en mi mejilla. Te ofreceré la otra para darte un buen ejemplo. ¡No eres buena hija! ¡No eres buena hermana! Ya sólo falta que te cubras de ignominia como mujer.

ROSARIO (Acercándose a la segunda derecha, llamando poseída de gran irritación.) Yo también tengo mi defensor. ¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

ESCENA X

Dichos y LORENZO, por la segunda izquierda.

LORENZO Aquí estoy. ¿Por qué me llamas?

ROSARIO No puedo hablar. No puedo hablar.

LORENZO ¿Lloras?

ROSARIO ¡De rabia!

LORENZO ¿Quién te ha ofendido?

ROSARIO Nuestro hermano Joaquín.

LORENZO ¡Tú habías de ser!

ROSARIO Me ha llamado mala hija y mala hermana...

LORENZO ¿Has sido tú?

JOAQUÍN Sí. Yo he sido.

LORENZO ¡Rayos de Dios! (Echando mano al bolsillo de la americana como para sacar un arma y agredir a su hermano.)

LIBRADA (Abrazándose a él.) ¡Detente, Lorenzo!

AURORA (Abrazándose a Joaquín.) ¡Joaquín, por Dios!

LORENZO (Después de haber reaccionado.) Nada temas, Librada. Nada temas.

JOAQUÍN (Con gran serenidad.) ¡Qué inclinación le tienes al golpe fratricida! Dejadle que lleve a cabo su designio.

LORENZO Tu conducta me subleva, me saca de quicio. Dedícate a tus estudios y filosofías, pero no te metas con Rosario para nada. Rosario es para mí como la Virgen del cielo. Ofenderla a ella es como pisotearme el alma. Ya lo sabes. Predica lo que quieras. Di que somos unos *atrasaos*. Unos ignorantes; pero cuidado con nuestra hermana, Joaquín... ¡Cuidado con nuestra hermana!

JOAQUÍN Has sabido detener tu movimiento impulsivo... Será preciso agradecértelo.

LORENZO Ahorra palabras, porque no estoy para oirte con mucha calma.

JOAQUÍN ¡No es la primera vez que has derramado la sangre de tus hermanos!

LORENZO ¿Te han dicho que...?

JOAQUÍN Sí. Que tuviste una reyerta con Antonio y que le heriste en un hombro. Las malas acciones no deben ni pueden permanecer ocultas. Y también he sabido que después de aquel arrebato vinisteis a un pacto de paz y concordia. Antonio lo se-

lló generosamente con su corazón, pero tú lo sellaste sólo con los labios, y ahora estás a punto de repetir la hazaña.

LORENZO La culpa es tuya. No la eches sobre mis hombros. Rosario tiene que soportar tus ofensas porque es una criatura débil. Por eso abusas. Afortunadamente estoy yo aquí para defenderla. Y lo que te he dicho...

AURORA Vamos, Joaquín. Vamos a tu gabinete. Hazlo por la paz de tus hermanos.

JOAQUÍN Vamos; pero que conste que no es por miedo. Estás cobrando el barato. Eres el guapo de la familia. Por ti no puede reinar entre nosotros la verdadera fraternidad. Pegado a la ignorancia y al fanatismo, como la lapa a la roca, malogras toda idea generosa de libertad que pudiera ser el honor y la dicha de esta casa. Asustas con tus bravatas a nuestra madre y tropezamos contigo cada vez que tratamos de realizar algún progreso en las viejas y rutinarias costumbres de nuestro hogar. ¡Lorenzo! Eres un mal hombre... No... no. Rectifico. ¡Eres un desdichado! ¡Te compadezco! ¡Ahí quedas! (Vanse Joaquín y Aurora por la primera izquierda.)

ESCENA XI

Los mismos menos JOAQUÍN y AURORA.

LORENZO ¡Me ha humillado! Válgale el recuerdo que ha hecho de mi hermano Antonio... ¡Por eso no le hago pedazos! ¡Por eso!

ROSARIO Déjale, Lorenzo; déjale. El también lleva su castigo.

LIBRADA Ten calma. No te arrebates.

LORENZO ¡Ha dicho que soy un mal hombre! Para lo que faltaba... haber dicho que soy

un Caín. Eso es lo que quiso darme a entender... ¡ Noto que sube un vaho de sangre a mis ojos !

ROSARIO Librada ; llama a nuestra madre.

LORENZO Sí. Que venga.

LIBRADA (Yéndose al foro.) ¡ Madre ! ¡ Madre !

ROSARIO Tranquilízate, hermano, tranquilízate.

LORENZO ¡ Soltadme !

ROSARIO De ningún modo.

LIBRADA Te sujetan nuestros brazos.

LORENZO ¿No habéis visto qué modo de ultrajarme?

LIBRADA Perdónale.

ESCENA XII

Dichos y DOÑA EVA, por el foro.

EVA ¿Qué queréis?

LIBRADA Ven, madre. Tranquiliza a Lorenzo.

EVA ¿Qué ha sucedido?

ROSARIO Se han cruzado de palabras él y Joaquín.

LORENZO ¡ Me ha llamado mal hombre !

EVA ¿Y tú?

LORENZO Ha sido un milagro que...

EVA ¡ Lorenzo, hijo mío ! (Abrazándole con ternura.)

LORENZO Bueno... bueno... Ya pasó. ¿Si fuera tan malo como él dice? ¡ Bah ! Ya estoy sereno. Pasó el turbión. Ahora lo que falta es que se despeje mi cabeza. Necesito respirar la brisa de la calle. ¡ Adiós, madre ! ¡ Adiós, hermanas !

EVA Ve con Dios, hijo mío.

ROSARIO Ya hablaremos, Lorenzo.

LIBRADA Hasta la vista. (Vase Lorenzo por el foro diciendo con acento vengativo.)

LORENZO ¡ O el o yo ! ¡ La suerte está echada !

ESCENA XIII

Los mismos menos LORENZO.

ROSARIO Le insultó de un modo feroz.

EVA ¿Pero es posible que Joaquín?...

LIBRADA Sí, madre, sí.

EVA ¿Y cómo surgió la disputa?

ROSARIO Por culpa de Aurora.

EVA ¡Siempre Aurora! ¡Qué castigo de hija!

ROSARIO Lorenzo es más dócil que un cordero, pero su hermano... Su hermano...

ESCENA XIV

Dichas y DON JUDAS, por el foro.

JUDAS ¿Está para recibirme la señora?

EVA Pase usted. Pase usted. Idos vosotras. Se trata de un asunto de la mayor importancia. (Rosario y Librada vanse por la segunda izquierda.)

ESCENA XV

DOÑA EVA y DON JUDAS.

EVA ¿Le dieron mi aviso?

JUDAS Sí, señora; lo recibí, precisamente, cuando me hallaba con los corredores tratando de la operación proyectada.

EVA Necesito más de cuatro mil duros para el sábado; han de ser cinco mil.

JUDAS ¿Nuevos apuros?

EVA Sí. El pago de una factura de cuatro mil pesetas con la cual no contaba.

JUDAS Lo malo es que...

EVA ¿Más reparos?

JUDAS Será preciso aumentar la prima.

EVA ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! Sólo en estos críticos momentos noto la desdicha que acompaña a la viudez. Mis hijos enemistados... La usura devorando mi hacienda... ¡ Ay, don León de mi vida, qué falta me haces !

JUDAS No se aflija la señora. Todo se andará.

EVA Por el camino de la ruina... Ya lo estoy viendo.

JUDAS Crea la señora que por mi parte hago toto lo posible para evitar esos saqueos de la usura.

EVA Ya lo sé, don Judas ; ya lo sé...

JUDAS Fe y esperanza en Dios, doña Eva.

EVA No me faltan. Iluminada tengo día y noche con dos cirios la estampa de la Virgen para que me saque de esta angustiosa situación.

ESCENA XVI

Dichos y LIBORIA por el foro, con una gran caja conteniendo tres trajes de manola.

LIBORIA Con permiso de la señora. Traigo el encargo de la modista.

EVA ¡ Ah ! Por fin... ¿ No puso reparos?

LIBORIA Ninguno. Solamente me dijo que, confiando en la palabra de la señora, el sábado mandaría las dos facturas de cuentas atrasadas.

EVA Bien. Bien. Puedes irte. (Vase Liboria por el foro.) ¡ Los trajes ! Don Judas. ¡ Los trajes ! (Abriendo la caja.) ¡ Mire usted ! ¡ Mire usted !

JUDAS Efectivamente ; son riquísimos.

EVA Hay que fijarse. Hay que fijarse.

JUDAS ¡ Qué bordados ! ¡ Qué primores !

EVA Cierto es que cuestan muy caros.

JUDAS Sus hijas estarán lindísimas.

EVA ¿ Y yo? ¿ Y yo?

JUDAS De usted no hay que hablar.

EVA Esto me resarce de mis pesadumbres. Se conoce que la Virgen ya empieza a darme algún consuelo.

JUDAS ¿De modo que podré ofrecer cuatrocientas pesetas de prima en vez de las doscientas cincuenta?

EVA Sí, sí...

JUDAS ¡Qué encanto de vestidos! ¡Qué encanto de vestidos!

EVA Esta vez se ha excedido en lucimiento la modista.

JUDAS Para no andar con retrasos que pudieran entorpecer la operación, ¿si exigieran algo más?...

EVA Todo. Todo lo que sea preciso.

JUDAS Entonces, para ganar tiempo, voy a...

EVA Vaya usted. Vaya usted. (Vase don Judas por el foro.)

ESCENA XVII

DOÑA EVA.

¿Estará en casa Manuel? (Acercándose al segundo cuarto derecha, llamando.) ¡Manuel! ¡Manuel!

ESCENA XVIII

Dicha y MANUEL, por la segunda derecha, vestido muy correctamente de torero en traje de calle.

MANUEL ¿Qué quieres, madre?

EVA Acércate... ¡Mira!

MANUEL ¡Preciosos! Eso es rumbo... gentileza... y gastar el dinero como Dios manda.

EVA ¿Te gustan?

MANUEL Se me encandilan los ojos.

EVA A mí también.

MANUEL Porque tienes sangre torera. De tal palo tal astilla.

EVA Los estrenaremos el domingo por la tarde.

MANUEL Pues si hace sol, ese día van a salir cuatro soles a la calle. ¡ Vaya un derroche de luz ! Los envidiosos tendrán que ponerse anteojos *ahumaos.*

EVA ¿ Dónde aprendes esas cosas tan bien dichas ?

MANUEL En la escuela del toreo. Has de saber que cuando uno extiende el capote junto a la cabeza del toro, se le abren los sentidos por dentro hasta que se afinan haciéndose más agudos que la punta de un estoque... Cierra... cierra ya la caja, no sea cosa de que nos sorbamos con los ojos ese chorro de colores.

EVA (Cerrando la caja.) Ahora sólo falta que la Virgen Santísima te guarde de una mala cogida.

MANUEL Nada temas, cachito de cielo. El toreo es la gloria del mundo.

EVA ¡ No grites, hombre, no grites ! (Mirando alarmada a la segunda izquierda.)

MANUEL Haces bien en advertírmelo. Ya no me acordaba de Joaquín. ¡ Qué lástima que me haya tomado tanta ojeriza con el cariño que yo le tengo !

EVA Se disgusta cada vez que lee un periódico donde se habla de ti.

MANUEL Ya lo sé, y hasta me echa requiebros que yo no aguantaría de nadie. Reconozco que le baila la razón hasta por los dedos, pero acaba por ponerme de mal humor.

EVA Hazte el desentendido.

MANUEL Me disgusta sin poderlo remediar. ¡ Que escriba contra las corridas de toros ! Nadie se lo estorba. ¡ Que diga que la fiesta nacional es un desdoro para España !... To eso está muy bien ; pero que me de-

je matar toros, madre... ¡ Que me deje matar toros !

EVA — Eso es lo que yo le digo.

MANUEL — Joaquinito se cree que matar un toro es tan fácil como sorberse un huevo o escribir un libro de agricultura.

EVA — Ahí está su error.

MANUEL — ¡ No va poca diferencia !

EVA — Y tanta.

MANUEL — Nuestro oficio eleva a los hombres. (Haciendo ademán de que el toro los arroja por alto.)

ESCENA XIX

Dichos, ANTONIO y ROQUE, por el foro. El primero en traje de obrero mecánico, y el segundo de labrador aragonés. Trae un bastón a estilo de su tierra.

ANTONIO — Buenas tardes.

ROQUE — Y felices.

MANUEL — ¡ Hola, Antonio ! ¡ Hola, Roque !

ROQUE — ¿Qué tal, madre?

EVA — Pasando estas zarzas, que son cada vez más espinosas.

ANTONIO — Tomamos asientos porque venimos muy cansados. (Se sientan.)

MANUEL — Se trabaja, ¿eh?

ANTONIO — Y tanto.

ROQUE — Desde el primer albor de la mañanica hasta bien entrado el morir de la tarde. A veces hasta comiendo, mismamente trabaja uno.

MANUEL — Madre, ya tienes buena compañía... Yo me voy a una peña de amigos. Tengo que avistarme al anochecer con los chicos de mi cuadrilla.

EVA — Anda con Dios.

ANTONIO — Que te mantengas bueno.

ROQUE — Hasta que nos veamos.

MANUEL — Lo mismo digo. (Vase Manuel por el foro.)

ESCENA XX

Los mismos menos MANUEL.

EVA ¿Cómo van las tierras?

ROQUE Gloria da verlas.

EVA ¿Presentan buen aspecto las cosechas?

ROQUE Inmejorable.

EVA Gracias a eso, hijos míos... ¡Gracias a eso!

ROQUE ¡Ridiez, madre! Yo no sé como no podemos levantar la cabeza con el crecido producto que dan nuestras haciendas... Suda que suda y trabaja que trabaja y nunca te vemos satisfecha. Mi hermano Joaquín quiere enseñarme a leer y escribir; ¿pero cómo? No tiene uno ni tiempo para rascarse la cabeza. Y tú siempre con quejas en los labios y lágrimas en los ojos.

ANTONIO De poco sirve que agotemos las fuerzas trabajando.

EVA El trabajo ennoblece al hombre... Trabajad, hijos, trabajad.

ROQUE Y nuestras hermanas Librada y Rosario, ¿no gastan *demasiao*?

EVA ¡Pobrecillas! Salen a la calle solamente con lo preciso.

ANTONIO Y Manuel. ¿Qué hace del dinero que gana?

EVA Como está metido en esa carrera tan llena de compromisos.

ROQUE Bueno... Bueno. Adelante con la procesión.

EVA De todos modos ya he empezado a hacer economías.

ANTONIO Qué gastos has suprimido. ¿Se puede saber?

EVA Por lo pronto he despedido al maestro de francés de Aurora.

ANTONIO ¡Valiente economía!

ROQUE ¡ Buen *puñao* son tres moscas !
EVA Por algo se empieza, hijos, por algo se empieza.
ROQUE ¿Y la pobre Aurorica se ha *conformao?*
EVA No tiene más remedio que conformarse.
ANTONIO A la fuerza ahorcan.
ROQUE Eso no me parece bien, madre.
ANTONIO Ni a mí tampoco.
EVA ¿Lo veis, hijos, como no es posible hacer en esta casa economías de ninguna especie?
ROQUE ¿A cuánto ascendía el salario del maestro mensualmente?
EVA Se le remuneraba con la mayor largueza.
ANTONIO ¿Cuánto?
EVA Recibía tres duros al mes.
ROQUE Yo los sacaré de mi trabajo... Cuestión de sudar un poco más... El caso es que no le falte a nuestra hermana ese medio de educación... Yo no consiento en ello. Y tratándose de Aurorica menos todavía... Casualmente la tengo por filo metida en el corazón.
ANTONIO Digo lo mismo que Roque. Pagaremos al maestro entre los dos.
EVA No hay quien pueda gobernar esta casa. Ya está visto.
ROQUE Hay que atajar el mal por otros senderos...
ANTONIO Ahí está el toque, madre; ahí está el toque.
EVA Paréceme que tratais de recriminarme con esas frases de doble sentido.
ANTONIO Te equivocas de medio a medio.
ROQUE A trabajadores y buenos hijos nadie nos gana. Si algo decimos es sólo por tu bien propio, porque quisiéramos ahorrarte toda esa cáfila de apuros que amargan tu existencia.
ANTONIO Uno se entera de cosas que no están en el orden.

EVA (Con mucha energía.) ¡ Basta !
ROQUE ¡ Dispensa, madre ! (Con la mayor humildad.)
ANTONIO Perdona si te hemos ofendido.
EVA Si os cansa el trabajo, decidlo de una vez.
ANTONIO Nada de eso.
ROQUE Tú eres la que nos ofendes.
EVA Entonces no tratéis de erigiros en jueces de los actos que realiza vuestra madre. A trabajar, y punto en boca.
ANTONIO Callaremos... No te irrites.
ROQUE Y trabajaremos hasta echar los bofes por la boca. No te disgustes.
EVA Así... Así habéis de expresaros siempre. Me voy más tranquila... Trabajad, hijos, trabajad... La gloria es para vosotros. (Coge la caja que contiene los trajes y vase por el foro.)

ESCENA XXI

ROQUE y ANTONIO.

ROQUE ¿Qué *himos* de hacer?
ANTONIO Obedecerla en todo y por todo.
ROQUE Tal creo, hasta que caiga de su burro.

ESCENA XXII

Dichos y RAIMUNDO por la primera derecha.

RAIMUNDO Por fin ya se respira tranquilidad en esta casa.
ANTONIO ¿Por qué lo dices?
ROQUE ¿Qué ha *pasao*?
RAIMUNDO Lorenzo quería matar a nuestro hermano Joaquín.
ANTONIO ¡ Mal rayo !... No escarmienta.
ROQUE Ese Lorenzo tiene muy malas entrañas. ¡ Parece mentira que sea hermano nuestro !

ANTONIO ¿Saldrías tú en su defensa?

RIAMUNDO Yo me contuve porque me conozco, y permanecí retirado en mi habitación.

ROQUE Mal hecho.

ANTONIO ¿Quién se interpuso?

RAIMUNDO Nuestras hermanas. Ellas se encargaron de apaciguar los ánimos.

ROQUE ¿Pero no sabe Lorenzo que Joaquín no anda bien de salud?... Como se le haya agravado la enfermedad que padece, no se la lleva de rositas. Lo juro.

RAIMUNDO Hermanos; en esta casa no hay orden ni gobierno. No hay paz ni armonía... Esto es una Babel, y si no ponemos remedio, vamos a caer todos de cabeza.

ROQUE Tú sabes más que nosotros... Exprésate con toda claridad.

ANTONIO Ilústranos con tus luces.

ROQUE ¿Cuál debe ser nuestra conducta?

RAIMUNDO El mal es muy hondo... Hay que hacer una revolución en esta casa que lo reforme todo de arriba abajo.

ROQUE No sabéis salir de la misma cantata.

ANTONIO Eso que ahora nos dices te lo habremos oído decir aquellas mil veces... Esa revolución será muy buena, pero no asoma por ninguna parte.

RAIMUNDO Ya asomará. No lo dudeis... Tiene que asomar por fuerza... Hay que derribar este orden de cosas, de lo contrario nos esperan el deshonor y la bancarrota. ¿Sabéis en lo que se emplea el dinero que ganais vosotros con el sudor de la frente?... En fomentar el vicio... ¡Poned fe en mis palabras!... ¡En ellas no hay engaño! ¡En ellas está la verdad!

ESCENA XXIII

Dichos y JOAQUÍN, por la primera izquierda.

JOAQUÍN ¡Vaselina! ¡Todo es pura vaselina!

RAIMUNDO ¿Cómo que vaselina?

ANTONIO Nos está ilustrando, Joaquín.

JOAQUÍN Os está engañando... Nuestro hermano Raimundo sabe perfectamente que el mal que padecemos no se remedia con palabras ni recursos oratorios.

RAIMUNDO ¿Cómo se remedia?

JOAQUÍN Ya lo verás luego: más por lo pronto dime: ¿dónde te hallabas, ha poco, cuando Lorenzo y yo tuvimos aquel altercado?

RAIMUNDO En mi gabinete escribiendo un artículo.

JOAQUÍN ¿Y por qué no saliste, como era tu deber?

RAIMUNDO Porque no se agriase más la cuestión.

JOAQUÍN ¡Revolución por aquí!... ¡Revolución por allá!... Pero en cuanto sopla un airecillo revolucionario, ya no se te vé por ninguna parte.

RAIMUNDO La ocasión no era oportuna.

JOAQUÍN Aspiras a una revolución de oportunidad... Entendido... Entendido...

RAIMUNDO Cuando llegue la hora yo seré el primero a quien todos han de ver en su puesto de honor.

JOAQUÍN ¡Palabras! que decía Hamlet.

RAIMUNDO Yo estoy dispuesto a demostrarlo con hechos.

JOAQUÍN ¿Quieres ver lo que hacen los hombres cuando así lo exige la prosperidad moral o material de una nación, de un pueblo o de una familia?

RAIMUNDO ¿Qué hacen? Sepámoslo.

JOAQUÍN Roque. Descuelga el retrato de Calomarde.

ROQUE (Descolgando el cuadro.) ¿Es éste?

JOAQUÍN Sí. (Coge un pequeño velador que habrá colocado a prevención en un ángulo y lo sitúa en medio de la escena.) Colócalo sobre este pequeño velador, de modo que pueda mantenerse derecho, o sea en posición vertical.

ROQUE (Hace lo que le indica Joaquín, poniendo el retrato

cara al público, sustentándolo con cualquier objeto que por detrás le sirva de apoyo.) Ya está.

JOAQUÍN Atención... Oid mi discurso: Calomarde es un déspota... Atropella los derechos de los ciudadanos... Infringe las leyes... Hay que derribarle... Ese es nuestro deber. Dicho esto me cruzo de brazos esperando a que caiga... Pero ahí lo tenéis... Las palabras no le hacen mella... La elocuencia no le derriba... La charla no le importa.

ROQUE Te comprendo, Joaquín... (De un bastonazo hace rodar por el suelo el velador y el retrato.) ¡Ya está en tierra Calomarde!

JOAQUÍN (Con gran energía.) Esto es lo que hacen los hombres. ¡Esto!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

ROQUE y ANTONIO.

ROQUE Tengo el corazón muy *apretao.*

ANTONIO Yo también le temo a esta despedida.

ROQUE Sólo me consuela la idea de que Joaquín puede en el campo fortalecerse.

ANTONIO ¡Hum!

ROQUE ¿Lo dudas?

ANTONIO No sé... No sé...

ROQUE Me asustas con ese gesto.

ANTONIO El disgusto que le produjo la bravuconada de Lorenzo le ha empeorado.

ROQUE ¡Ridiez con Lorenzo!

ANTONIO Además...

ROQUE Acaba, hombre.

ANTONIO ¿Vale decir lo que uno piensa?

ROQUE ¿Y por qué no?

ANTONIO Ya sabes que Joaquín adora en nuestra madre.

ROQUE Cierto.

ANTONIO ¿Y qué ha hecho nuestra madre?

ROQUE Se ha despedido de Joaquín antes de hora para irse en coche con Rosario y Librada.

ANTONIO Hoy es domingo y como hay corrida de toros...

ROQUE No ha querido faltar a la costumbre.

ANTONIO ¿Te fijaste en los vestidos que han estrenado?

ROQUE No me hables... No me hables... A mí me ponen enfermo las locuras de nuestra madre... ¡Mira que vestirse de maja como si fuera una moza!

ANTONIO Ahí tienes lo que yo pienso. Si tú, que estás sano, te pones enfermo, ¿qué será de nuestro hermano Joaquín?

ROQUE Es verdad... Es verdad... Motivos tiene para morirse.

ANTONIO Bien que Rosario y Librada se luzcan con esos ricos trajes de manola; pero ella... ¡con tantos años como lleva encima!... con sus cabellos blancos...

ROQUE Yo creo que a nuestra madre le falta un tornillo. (Oyense dentro, izquierda, fuertes golpes.)

ANTONIO ¿Quién da tan fuertes golpes?

ROQUE Nuestro hermano Raimundo.

ANTONIO ¿Y eso?

ROQUE Se estaba perifollando en su habitación para irse también a la corrida. Con el humor de mil diablos que me puso la conducta de nuestra madre viéndola de mantilla blanca, me dije: Hoy no vuela este pájaro, y le cerré la jaula.

ANTONIO No fué mala la ocurrencia; pero ¿no ves cómo golpea? Se conoce que está desesperado.

ROQUE Que se desespere cuanto quiera... Más lo estamos nosotros.

ANTONIO Será capaz de echar la puerta abajo.

ROQUE Que la eche.

ANTONIO Ya ha padecido bastante. Abrele.

ROQUE No le compadezcas. Es un tuno que ha encontrado la manera de vivir sin hacer nada, recomendando a los demás que trabajen. Si tuviera buenos sentimientos se quedaría para despedir a su hermano como es debido. Ha perdido todo su mérito.

ANTONIO Vamos, hombre. Déjale que se vaya.

ROQUE — Toma la llave... Abrele tú si quieres...
ANTONIO — Voy corriendo.
ROQUE — Por mí estaría ahí enchiquerado hasta el día del juicio. (Antonio le abre.)

ESCENA II

Aparece LIBORIA por el foro, con unos cuellos y puños de camisa.

ROQUE — ¿Qué hay, Liboria?
LIBORIA — Voy a poner estos cuellos, y puños que se me habían olvidado, en la maleta del señorito don Joaquín. (Vase Liboria por la primera izquierda.)

ESCENA III

ROQUE, luego RAIMUNDO y ANTONIO.

ROQUE — No se me puede quitar de la memoria lo que está ocurriendo con nuestra madre.
RAIMUNDO — Vaya un bromazo, Roque... Vaya un bromazo. Me has hecho perder la lidia del primer toro. Me voy a escape.
ROQUE — ¡Viva la revolución, hermano!
RAIMUNDO — ¡Y que vendrá cortando cabezas!
ROQUE — ¡Cabezas de chorlito!

(Vase Raimundo por el foro.)

ESCENA IV

ROQUE y ANTONIO.

ROQUE — Ese es el que triunfa... Le has dado por el gusto.
ANTONIO — Sabe vivir.
ROQUE — Nosotros sólo sabemos trabajar.
ANTONIO — ¿Te pesa?
ROQUE — Ni un cañamón... Bien estoy trabajando... Me embeleso viendo como sale la planta a flor de tierra regada con mi su-

dor. Si me quejo no es por la fatiga que me produce el trabajo, sino por el mal empleo que se da a los bienes que reporta.

ANTONIO — Aquí viene Joaquín.

ROQUE — No hay que decirle nada que le aflija.

ESCENA V

Dichos y JOAQUÍN, por la primera izquierda, apoyándose en su bastón.

JOAQUÍN — ¿Aquí estais?

ANTONIO — Aquí esperando.

ROQUE — ¿Cómo te encuentras?

JOAQUÍN — Así... Así... (Toma asiento.) El cuerpo, como débil caña, encorvándose poco a poco... El espíritu cada vez más fuerte.

ROQUE — Ahora te pondrás bueno.

ANTONIO — Los aires de la montaña te fortalecerán y recobrarás la salud.

JOAQUÍN — No me hago ilusiones... Hay males que no se curan con oxígeno. Sería preciso que se cambiase por otra mi organización... La Naturaleza tiene sarcasmos increíbles. Por un lado, siento que se aviva la llama que arde en mi cerebro. Pienso ahora mejor que nunca... Y por otro, observó que va disminuyendo paulatinamente mi resistencia orgánica. Una luz, cada vez más intensa, sobre un pedestal que se desmorona... ¿No es esto un sarcasmo?

ROQUE — Nosotros no entendemos de esas cosas, Joaquín; pero sabemos que el campo da mucha fuerza a la vida y se respira allí una brisa capaz de resucitar a los muertos.

JOAQUÍN — Cuando no pesa sobre la vida una sentencia fatal. Creo en la resurrección de Lázaro antes que en la mía, aunque ambas son, igualmente, imposibles.

ROQUE ¡ Ridiez ! No sé qué decirte...

JOAQUÍN ¡ Pobre Roque ! Se humedecen tus ojos. Estrecha mi mano.

ROQUE Como te veo tan *desengañao,* claro, tiene uno que sudar por fuerza... Las lágrimas deben ser los sudores del alma.

JOAQUÍN ¡ Admirable !... El sentimiento da más expresión a las ideas que la inteligencia No te apures, Roque. La brisa del campo me dará fuerzas.

ANTONIO Oye, Joaquín. ¿No es hora ya de prepararte para emprender la marcha?

JOAQUÍN La he diferido algunas horas. He resuelto quedarme hasta que vuelva nuestra madre... Necesito cerciorarme de algo que...

ROQUE No vayas a tomar otro disgusto.

JOAQUÍN Me armaré de resignación para evitarlo.

ANTONIO ¿Ha hecho alguna nueva locura?

JOAQUÍN La más grande que puede hacer una madre. Dejar en medio de la calle a sus hijos.

ROQUE ¡ Esta sí que es otra !

ANTONIO ¡ Valor para todo, Joaquín !

ROQUE ¿Y piensas apurarla? No la apures *demasiao.* El día que se le quite la venda de los ojos, va a ser muy grande su padecimiento, y esto me da una pena que ya no me cabe en el corazón.

ESCENA VI

Dichos y DON JUDAS, por el foro.

JUDAS A sus órdenes, don Joaquín.

JOAQUÍN ¡ Ah ! ¿Es usted? Hacedme el favor de dejarme a solas con este don Judas... Volved luego.

ROQUE Como quieras.

ANTONIO Daremos por ahí una vuelta hasta que termine la corrida.

JOAQUÍN Eso mismo. (Vanse por el foro.)

ESCENA VII

JOAQUÍN y DON JUDAS.

JOAQUÍN Adelante.

JUDAS Recibí su aviso, y aquí me tiene.

JOAQUÍN Señor don Judas, le he mandado venir para que hablemos con toda claridad.

JUDAS Esa es mi norma.

JOAQUÍN ¿Sí, eh? Pues hemos de hablar más claro todavía.

JUDAS Ya le escucho. (¿Qué será esto?)

JOAQUÍN Según informes que acaban de darme, y que me obligan a suspender por algunas horas el viaje que tenía proyectado, mi señora madre ha recibido ayer cinco mil duros tomados a préstamo, en condiciones tan onerosas, que hacen muy poco honor a las gestiones que usted debe haber practicado.

JUDAS Señor don Joaquín. Mi cargo me veda decir ni una sola palabra sobre este asunto a persona alguna que no sea su propia señora madre. Tales son las órdenes que he recibido, y yo cumplo estrictamente con mi deber.

JOAQUÍN ¡Magnífico! ¡Magnífico! Mi señora madre sabe rodearse de muy fieles y precavidos servidores. Está bien. No le culpo por eso. Siga usted callándolo en cumplimiento de su deber. Veamos si por otro sendero logro que se rompa el silencio de la rigurosa esfinge... ¿Cómo anda usted de conciencia, don Judas?

JUDAS ¿De conciencia? (Algo turbado.)

JOAQUÍN Sí, de conciencia.

JUDAS (Reponiéndose.) De nada malo me acusa.

JOAQUÍN ¿Impecable también?

JUDAS Procuro conservarla limpia a toda costa.

JOAQUÍN Sin embargo... Sin embargo, he notado

que mi segunda pregunta le ha inmutado involuntariamente. Yo soy un observador muy profundo, don Judas, modestia aparte.

JUDAS — No sé en qué haya podido fundarse, porque mi serenidad no se ha perturbado ni un solo instante.

JOAQUÍN — ¡Oh, sí! La piedrecilla que arrojé a ese lago tranquilo de su conciencia, produjo algunas vibraciones que han asomado a su cara.

JUDAS — Se equivoca usted, don Joaquín.

JOAQUÍN — Bueno... sigamos adelante... Esta casa se halla hipotecada por un préstamo de cincuenta mil duros, que recibió mi madre hace como cosa de medio año. ¿Qué persona hizo efectiva esa cantidad?

JUDAS — ¿Qué persona?... Tampoco me es posible contestar a esa pregunta... Me lo vedan las órdenes recibidas.

JOAQUÍN — Es usted la fidelidad personificada... Mi madre le ha convertido en una caja de secretos.

JUDAS — Con su permiso me retiro.

JOAQUÍN — ¡Ah! No, no. Esta comedia tiene más de un acto, don Judas.

JUDAS — Siento mucho que el señor haga uso de tales ironías...

JOAQUÍN — ¿Quién le ha dicho que son ironías?

JUDAS — Por el doble fondo que encierran.

JOAQUÍN — ¿Cómo sabe usted que tienen doble fondo?

JUDAS — Si no es así, perdone usted.

JOAQUÍN — Responda a mi última pregunta. ¿Qué sueldo percibe anualmente como administrador de esta casa?

JUDAS — Siete mil quinientas pesetas.

JOAQUÍN — No es mucho... No es mucho...

JUDAS — Me satisface que lo reconozca el señor. La vida se ha encarecido notablemente.

JOAQUÍN — Esto no es óbice, empero, para que usted acumule sus ahorros y vaya fincan-

do. Ha comprado usted una casa, no ha mucho, situada en el centro de Madrid, evaluada en más de doscientos mil duros.

JUDAS Tiene usted muy malos informes. ¡ Pobre de mí ! Le invito a que me presente la escritura.

JOAQUÍN Dios me libre de caer en semejante propósito. El nombre de usted no figura en tales escrituras. Naturalmente. Sería una insigne torpeza, y usted se recomienda principalmente como hombre cauto y previsor.

JUDAS Niego el hecho. Pongo a Dios por testigo.

JOAQUÍN Tranquilícese, don Judas, y no pierda la serenidad hasta ese punto. Yo soy algo volteriano y no creo en la eficacia del testigo que invoca.

JUDAS Dios es el mejor testigo, don Joaquín.

JOAQUÍN Para usted, sí, naturalmente. Entre otros motivos, porque no se le puede tomar declaración. Además, no admite careos de ningún género, y esto es precisamente lo que a usted le conviene.

JUDAS Yo desearía que el señor acabase de...

JOAQUÍN Voy a complacerle. Usted, señor don Judas, está abusando de la buena fe de mi madre.

JUDAS ¡ Don Joaquín !...

JOAQUÍN Usted es la persona que le ha prestado los cincuenta mil duros, a nombre de otro, para quedarse con esta casa cuando no se puedan pagar los otros cinco mil tomados a carta de gracia.

JUDAS ¡ Por Dios !... ¡ Por todos los Santos !

JOAQUÍN Poco a poco nuestras tierras fueron cayendo en sus manos, y el ansia de rapiña que usted siente es tan grande, que no cesará de robarnos, si le dejan, hasta completar nuestra ruina y vernos caídos en el descrédito y en la miseria.

JUDAS (*Cubriéndose el rostro con las manos y yéndose hacia el foro para hacer mutis.*) ¡ Jesús ¡ Jesús !

JOAQUÍN Sí. Sí. Váyase, porque me dan tentaciones de abofetearle. Ya ventilarèmos en debida forma este asunto, señor don Judas Iscariote. (*Vase don Judas por el foro.*)

ESCENA VIII

Dicho y AURORA, *por la segunda puerta izquierda.*

AURORA ¡ Hermano ! ¡ Hermano !

JOAQUÍN Ciertos son los informes que has adquirido, Aurora.

AURORA ¿ Hablaste con don Judas?

JOAQUÍN Acaba de salir, dejándome plenamente convencido. ¡ Nos saquea !... ¡ Nos roba !

AURORA Muy tarde lo hemos averiguado.

JOAQUÍN Porque a todos nos parecía imposible que don Judas hiciese traición a la bondad de nuestra madre... ¡ Ella que le colmó de agasajos y atenciones !... ¡ Decantada lealtad de los servidores !... ¿ Cómo descubrir tu falsía al través de esas formas de decencia y respetabilidad que te hacen a la vista tan honorable? ¡ Aurora ! ¡ Ya no hay más que ruinas en esta casa !

AURORA No te impresiones de ese modo, Joaquín. Me da miedo la palidez de tu cara... Recapacita ante todo que estás enfermo y que no puedes tomar tan hondos disgustos.

JOAQUÍN ¡ Flaca naturaleza !... ¡ Si la fuerza de mi espíritu pudiera dominarte !... Tienes razón... Siento que me tiemblan las piernas y que se anublan mis ojos... Toda la energía se reconcentra en mi espíritu porque se paraliza el cable conductor que la hace circular por la sangre y los

nervios... Sostenme, Aurora... Hermana mía... Tú eres mi luz... ¡ Mi única luz !

AURORA ¡ Joaquín ! ¡ Joaquín de mi vida !... ¡ Socorro !

JOAQUÍN No. No. Socorro, no. Este desfallecimiento pasará... Pasará... No te separes de mi lado.

AURORA Aquí me tienes recogiendo tu aliento que yo quisiera fortalecer con el mío. Si has de vivir, dímelo, para que la esperanza acuda en mi auxilio y se desvanezca el sobresalto que siento. Si has de morir, dímelo también, para que yo muera contigo a la misma hora y en el mismo punto... ¡ Tu alma es mi alma ! ¡ Tu pensar es mi pensar ! ¡ Tu esperanza es mi esperanza ! ¡ Reanímate, Joaquín !... Manda en tu cuerpo con esa energía tan grande del espíritu, y el cuerpo te obedecerá, y se abrirán tus ojos, y se fijarán en los míos... Vuelve a la vida... Recupera tu ser... Pronto... Pronto, hermano mío... ¡ Respira ! ¡ Respira !

JOAQUÍN ¡ Ya pasó ! Ya pasó este colapso del corazón enfermo.

AURORA ¡ Eres fuerte ! ¡ Eres fuerte ! Nada temas.

JOAQUÍN Siento una gran reacción. ¿Has sido tú quien ha recompuesto los cables conductores? ¿Los nervios comunicantes?

AURORA Acaso te haya transmitido la fuerza de mi voluntad.

JOAQUÍN No desperdiciemos, pues, este tesoro. Voy a mi gabinete. Me recostaré un poco en la cama.

AURORA Bien pensado. Yo te ayudaré.

JOAQUÍN No, no; no hace falta. Iré yo solo. ¡ Ay de mí cuando no pueda hacerlo !

AURORA Suspende el viaje hasta mañana.

JOAQUÍN Nada de suspensiones. Al campo. Al campo. La brisa de la montaña resucita a los muertos, como dice Roque. Me pondré en

camino después que hable con nuestra madre.

AURORA — No conseguirás lo que te propones. Don Judas la tiene embaucada. ¡Ay de aquel que se permita dudar de la honradez y probidad de su administrador.

JOAQUÍN — Veremos... Veremos... Adiós, Aurora. No me acompañes, porque deseo quedar a solas con mi pensamiento. Hasta luego.

ESCENA IX

Aparece LIBORIA por la primera izquierda.

LIBORIA — Ya está todo el equipaje arreglado.

JOAQUÍN — ¿Nada habrás echado en olvido?

LIBORIA — Yo creo que nada.

JOAQUÍN — ¿Ni el paquete de las cuartillas?

LIBORIA — Eso es lo principal. Poco que me lo encargó el señorito.

JOAQUÍN — Está bien. (Vase Joaquín por la primera izquierda. Aurora tomó asiento en un diván.)

ESCENA X

AURORA y LIBORIA.

LIBORIA — ¿En qué piensa la señorita? (Notando la preocupación de Aurora.)

AURORA — Pienso en el vacío que va a dejar en esta casa mi hermano.

LIBORIA — Para usted deberá ser muy grande... ¡Como se tienen tanto cariño! (Pausa.) Me voy si nada me ordena.

AURORA — Puedes irte...

LIBORIA — Quede con Dios. (Liboria hace medio mutis por el foro.)

AURORA — Oye, Liboria.

LIBORIA — ¿Qué manda?

AURORA — ¿Te has fijado en los dos hombres que

antes vinieron con mi hermano Lorenzo?

LIBORIA Son los dos hombres que han de acompañar en su viaje al señorito Joaquín.

AURORA Recuerdo haber visto a uno de ellos en nuestra heredad; pero al otro no.

LIBORIA Será algún nuevo arrendador.

AURORA ¿Qué te parecen por las trazas?

LIBORIA ¿Quiénes?

AURORA Esos dos hombres... Calla... Aquí vienen. Vete a mi cuarto. (Vase Liboria por la segunda izquierda.)

ESCENA XI

Aparecen por el foro LORENZO y LABRIEGOS 1.° y 2.°

LORENZO ¡Hola, Aurorita! ¿Y Joaquín?

AURORA En su gabinete de estudio.

LORENZO ¿No ha dado fin todavía a los preparativos de marcha? Ya llegó la hora.

AURORA ¿Qué hombres son estos, Lorenzo?

LORENZO Personas de toda mi confianza. Han venido expresamente para llevarse a Joaquín a nuestra heredad.

AURORA ¿Y dices que son de tu confianza?

LORENZO Absoluta.

AURORA ¿Viven allí, en el campo?

LORENZO En la misma casa que ha de servir de albergue a nuestro hermano. Serán sus criados más serviciales.

LABRIE. 1 Nada le faltará a don Joaquín. Pierda cuidado la señorita.

LABRIE. 2 De eso nos encargamos nosotros.

LORENZO Habrá que darle aviso, porque se hace tarde. El coche espera ya en la calle.

AURORA No tengas tanta impaciencia. Joaquín ha suspendido su viaje.

LORENZO ¿Cómo?

LABRIE. 1 ¡Vaya una noticia!

LORENZO ¿Que lo ha suspendido?

AURORA No es una cosa tan extraordinaria para que te produzca tanta sorpresa.

LORENZO ¿Y cuándo piensa marchar?

AURORA Algo más tarde. Un poco antes del anochecer.

LORENZO ¿Hoy mismo?

AURORA Sí. Hoy mismo. Tiene antes que hablar con nuestra madre.

LORENZO Nada hay perdido. Lo que él disponga.

AURORA Eso es lo que ha dispuesto.

LORENZO Bueno. Bueno. Vámonos... Volveremos luego... En tiempo oportuno. Dile a Joaquín que se anime y que ante todo debe mirar por su salud.

AURORA Así se lo diré de tu parte.

LABRIE. I Hasta luego.

AURORA Vayan con Dios. (Vanse por el foro.)

ESCENA XII

AURORA.

No se han disipado mis recelos. Al contrario; cada vez se hacen más intensos. ¡Qué secretos tan hondos tiene el corazón! Ruido de un carruaje. Se para a nuestra puerta. Eso es que ha terminado la corrida. Ya están de regreso mi madre y mis hermanas.

ESCENA XIII

Dicha y DOÑA EVA, LIBRADA y ROSARIO, en trajes muy ricos de manola.

EVA Aurora, regocíjate. Nos han dicho que Manuel ha hecho prodigios esta tarde y que ha recibido un toro matándolo de la primera estocada.

LIBRADA ¡Un asombro, Aurora, un asombro!

ROSARIO La gente ha salido de la plaza loca de entusiasmo.

AURORA — Lo principal es que él haya salido de su peligrosa faena sin ningún percance.

EVA — ¿Y Joaquín? Supongo que ya se habrá marchado.

AURORA — No.

EVA — ¿Cómo que no?

AURORA — No se ha marchado porque dice que tiene precisión de hablarte antes de ausentarse de Madrid.

EVA — Pudo hacerlo al despedirnos.

AURORA — Tal vez haya surgido alguna novedad inesperada.

EVA — Me sorprende. Voy a ponerme el traje de casa. ¿Qué tendrá que decirme ese bueno de Joaquín? (Vase doña Eva por la segunda izquierda. Aurora se sienta. Mientras Librada y Rosario se quitan las mantillas.)

ESCENA XIV

AURORA, LIBRADA y ROSARIO.

LIBRADA — ¡Qué fría es nuestra hermana! Le decimos que Manuel ha hecho esta tarde primores en la lidia, y mírala; como si tal cosa.

ROSARIO — No se mostraría tan indiferente si le hubiéramos dicho que esos primores los hizo Manuel al son de la marsellesa.

LIBRADA — ¡Qué ocurrencia tan peregrina!

ROSARIO — Ni por esas. ¿La ves? No se maravilla ni asombra por nada.

AURORA — Lo que me asombra es que tengáis valor para ir a paseo en coche con tales exhibiciones de lujo, cuando se pone en peligro la vida de nuestro hermano. Lo que me maravilla es que tengáis tranquilidad para verle salir de la plaza.

ROSARIO — Muchas veces le sacan en hombros.

LIBRADA — ¡Vítores! ¡Aplausos! Es un espectáculo magnífico.

AURORA — Quiero haceros justicia. Reconozco que el entusiasmo que os arrebata impide que podáis apreciar serenamente la imprudencia que cometéis.

ROSARIO — Nos perdona la vida. ¡ Ja, ja, ja !

LIBRADA — ¡ Ja, ja, ja !

AURORA — ¡ Desdichadas ! Quiera el cielo que esa risa no se convierta jamás en llanto.

LIBRADA — ¡ Sentimental ! ¡ Sentimental !

AURORA — A Dios le pido que esas galas que sirven de ostentación a vuestro cuerpo no se cambien nunca por tocas de dolor.

ROSARIO — Cursi... cursi. (*Oyense dentro, en la calle, entusiastas voces de: "¡ Viva Manuel ! ¡ Viva el rey del toreo !"*)

LIBRADA — Ya está aquí Manuel.

ROSARIO — ¡ Cómo le aplauden !

LIBRADA — ¿No se enardece tu sangre, Aurora? ¿No sientes entusiasmo?

AURORA — No. Me gustaría más que le aplaudiesen por otro trabajo más noble y fecundo.

ESCENA XV

Dichas y MANUEL, en traje de luces por el foro. Aurora permanece sentada.

MANUEL — ¡ Salud y repiques de gloria !

ROSARIO — (*Aplaudiendo.*) ¡ Viva Manuel !

LIBRADA — ¡ Viva el rey del toreo ! (*Aplaudiendo.*)

MANUEL — ¡ El delirio, hermanas, el delirio !

ROSARIO — Ya nos han dicho que has puesto cátedra.

LIBRADA — ¡ Y que has hecho primores !

MANUEL — Se me hizo el cuerpo de pluma. El capote parecía en mis manos una mariposa. Los brazos ágiles. Los dedos firmes. Y eche usted filigranas.

LIBRADA — ¡ Bravo, bravo !

ROSARIO — ¡ Magnífico, Manuel, magnífico !

MANUEL — Y tú, Aurorita, ¿nada dices? ¿No me das un abrazo?

AURORA (Levantándose para abrazar a su hermano.) ¡Manuel! ¡Manuel! ¿Por qué arriesgas la vida de ese modo?

MANUEL ¿Y lo dices llorando? ¿Pero tú crees, que a mí me puede matar un toro?

AURORA Sí, hombre, sí.

MANUEL Sólo le faltaban a mi traje de luces esas perlitas que caen de tus ojos.

AURORA Me da mucha pena verte metido en ese oficio tan lleno de azares y peligros.

MANUEL ¡Tontuela! ¡Tranquilízate! ¿Matarme a mí un toro? ¡Bah!

ESCENA XVI

Dichos y LIBORIA por el foro, con un periódico.

LIBORIA Señorito Manuel...

MANUEL ¿Qué hay?

LIBORIA «El tío Galvana», que ya se vocea por las calles.

MANUEL Vamos a ver lo que dice ese tío. (Tomando el periódico.) ¿Y mi hermano Raimundo?

LIBORIA En la sala quedó hablando con los demás toreros de la cuadrilla.

MANUEL Nada más por ahora..

LIBORIA Felicidades, señorito.

MANUEL Gracias, Liboria. (Vase Liboria por el foro.)

ESCENA XVII

Los mismos menos LIBORIA.

MANUEL ¿Qué leo aquí? ¿Se habrá vuelto loco este revistero?

LIBRADA ¿Por qué te indignas de ese modo?

ROSARIO ¿Qué dice ese papel?

AURORA ¿Qué ocurre?

MANUEL Aquí lo dice en letras de molde. «El maes-

tro, después de una faena muy lucida mató al toro de un volapié».

ROSARIO ¿Qué toro?

MANUEL El tercero de la tarde. ¡El que maté recibiendo!

LIBRADA ¡Qué indignidad!

AURORA Yo creí que era otra cosa. (Vase Aurora por la segunda izquierda.)

ESCENA XVIII

Los mismos menos AURORA.

MANUEL ¡Lo maté recibiendo! ¡Lo maté recibiendo! ¡Qué modo de desfigurar los hechos! ¡Esto clama al cielo!

LIBRADA No te desesperes.

ROSARIO Cálmate.

MANUEL ¿De qué me sirvió perfilarme quedándome *parao* con objeto de que la fiera se arrojase sobre el bulto? ¿Para qué arriesgué así la vida? Para qué venga luego la prensa diciendo que el toro murió de un volapié. Estaba por cortarme la coleta.

LIBRADA No, Manuel.

ROSARIO ¿Estás loco?

MANUEL Hay injusticias que llegan hasta el fondo del alma. Cualquier día vuelvo yo a recibir un toro.

ESCENA XIX

Dichos y DOÑA EVA por la segunda izquierda.

EVA No lo recibas, hijo, no lo recibas.

MANUEL ¿Te has enterado?

EVA Sí, por cierto, y ya fué Raimundo a la redacción de *El Tío Galvana* para exigir una rectificación.

MANUEL Lo malo es que se habrá telegrafiado a provincias.

EVA — Telegrafiarán de nuevo rectificando. No te apures. Aquí viene Joaquín. Dejadme a solas con él. (Vanse Rosario y Librada por la segunda izquierda y Manuel por la segunda derecha, diciendo al hacer mutis.)

MANUEL — (En este país no hay prensa, ni dignidad, ni vergüenza torera, ni nada.)

ESCENA XX

DOÑA EVA, y JOAQUÍN, por la primera izquierda.

JOAQUÍN — Aquí estoy, madre, aquí estoy. (Se sientan.)

EVA — ¿Tan urgente es lo que tienes que decirme que te obliga a demorar el viaje?

JOAQUÍN — Sí. Muy urgente.

EVA — Ya te escucho. Habla.

JOAQUÍN — Se trata de tu administrador...

EVA — ¿Qué ha hecho ese bueno de don Judas? Es un santo.

JOAQUÍN — Un santo que... ¡Ay, madre! ¡Cuánto siento tener que decírtelo! ¡Qué doloroso va a ser tu desengaño!

EVA — ¡Me alarmas!

JOAQUÍN — Un santo que nos roba solapadamente.

EVA — ¿Estás loco?

JOAQUÍN — Atiende y ten calma para oirme... Los cincuenta mil duros que tomaste con la garantía de esta casa...

EVA — ¿Te ha confiado él mis secretos?

JOAQUÍN — No. No ha sido él; mas para el caso es lo mismo. Don Judas se está enriqueciendo con los zarpazos que le da a nuestra fortuna. De sus arcas sale el dinero que adquiere subrepticiamente, para ti, en condiciones verdaderamente leoninas.

EVA — No puedo creerlo... Eso es una calumnia que tú no rechazas indignado porque don Judas no es santo de tu devoción.

JOAQUÍN — Tan claro y cierto es lo que te digo como la luz del mediodía.

EVA — Preséntame las pruebas. ¿Callas? Luego no existen.

JOAQUÍN — Sólo puedo ofrecerte mi conviccion moral.

EVA — ¿Y crees tú que eso es bastante para condenar a un hombre?

JOAQUÍN — Le ha delatado su turbación en mi presencia. Le acusan todos los informes secretos que ha obtenido Aurora.

EVA — ¡Ahora! Su enemiga acérrima.. ¡Implacable! Vamos, Joaquín; en esta ocasión no das prueba de la gran alteza que todos reconocen en tu entendimiento.

JOAQUÍN — ¡Cuán obcecada vives!

EVA — ¿Por que defiendo la probidad y rectitud de un hombre que se ve acusado sin fundamento? ¡Confunda Dios a los que tan bajamente le calumnian y que te perdone a ti por haber dado crédito a esos viles calumniadores.

JOAQUÍN — ¡Pedernal que no desprende ninguna chispa! ¡Sombra que no puede desvanecerse a ningún rayo de luz! ¿Tal es la confianza ciega que has puesto en tu administrador?

EVA — ¿Y era esto, en suma, lo que tenías que decirme?

JOAQUÍN — No ha terminado aun mi capítulo de cargos. He sabido que tratas de hacer un nuevo gasto superfluo para navegar...

EVA — Sí. Para navegar gallardamente con mis hijas, los veranos, en el puerto de San Sebastián. ¿Es esto algún delito?

JOAQUÍN — Delito no; pero sí despilfarro.

EVA — Veo que olvidas con frecuencia los altos deberes que a tu madre impone la sociedad como viuda de don León.

JOAQUÍN — Don León ya no existe. Sólo queda su memoria y debes encerrarla en tu corazón con siete llaves. El dinero que piensas gastar en la adquisición de ese barco hace falta para otras necesidades más

imperiosas y urgentes de la casa. El pobre Roque es un analfabeto. Lorenzo escribe muy torpemente. Rosario carece de instrucción.

EVA — No sabes salir de tu tema. Si nos dejáramos guiar por tus consejos todo nuestro patrimonio se consumiría pagando a los maestros... Tú eres un sabio y mira el resultado que obtienes. ¡ Para el caso que hacen de tus libros !

JOAQUÍN — Yo realizo mi trabajo sembrando la fecunda semilla. No importa que yo no recoja el fruto. ¡ Ya lo recogerán otros !

EVA — Así no se vive, Joaquín. El labrador trabaja la tierra y siembra la mies para que le dé producto la cosecha. Y cuando ésta le falta se muere de hambre.

JOAQUÍN — Bueno. A otra cosa.

EVA — ¿Hay más todavía?

JOAQUÍN — Lo más doloroso. Madre, mi cuerpo se desmorona... No tardaré mucho tiempo en llevar a rastras mi propio cadáver...

EVA — Desecha esos malos pensamientos... Las brisas del campo...

JOAQUÍN — No me interrumpas. No siento dejar el mundo de los vivos. La muerte es el término natural de la vida. Siento dejarte a ti en la forma en que te dejo, casi en la ruina, y a pocos pasos de la desesperación y la miseria. Siento dejar a mis hermanos divididos por tan opuestos caracteres y diferencias de opinión. Siento dejar mi casa... esta antigua casa solariega que un tiempo fué respetada y de la cual se dice ahora que no tiene pulso ni gobierno. Esto lacera mi corazón y pone sombra en mi espíritu. No se verá en el puñado de tierra que eches sobre mi sepultura el dolor de una madre, rodeada de bienes prósperos y puros amores filiales. Se verá el último pedazo de nuestro hogar deshecho. El desgarro postrero de la unidad de

nuestra raza y el honor de nuestra familia. Y tu sola... ¡ Con tales hijos ! Unos fanáticos... otros, ignorantes... otros, ilusos... ¡ Pobre y desamparada ! ¡ Oh, madre ! Comprende mi dolor profundo. ¡ Comprende por qué te recrimino ! ¡ Por qué te aconsejo ! ¡ Tú eres el amor de mis amores, verdaderamente grande, santo y sublime ! Al exhalar el postrer aliento de la vida quisiera verte feliz, respetada y gloriosa... conquistando el aprecio universal, no con bravuconadas y riñas como las que provoca mi hermano Lorenzo. No con glorias taurinas como las que alcanza mi hermano Manuel, sino por medio del saber y la virtud, el honor y la paz, la cultura y el trabajo. (Pausa.) ¿Cómo? ¿No has prestado atención a mis palabras?

EVA No, Joaquín. Lo confieso. Estoy muy preocupada recordando la injusticia que un periódico le ha hecho esta tarde a tu hermano Manuel.

JOAQUÍN ¡ Madre ! ¡ Madre ! Voy a condensar toda la amargura que me produces en una sola frase. Positivamente; ser hijo tuyo es un mal negocio.

ESCENA XXI

Dichos y RAIMUNDO, por el foro.

RAIMUNDO Ya está todo arreglado.

EVA ¿Se hará la debida rectificación?

RAIMUNDO Toda la prensa dirá mañana el error que se ha cometido.

EVA ¡ Loado sea Dios ! Tranquilízate, Joaquín, y confía en tu madre. (Vase por el foro.)

ESCENA XXII

JOAQUÍN y RAIMUNDO.

RAIMUNDO (Acercándose a Joaquín.) ¡ Joaquín ! (Pausa.) ¿No me respondes? ¿Te hallas abstraído en al-

guna de esas ideas profundas que tanto te enaltecen? Sigue pensando; pero óyeme al mismo tiempo. Cuando vuelvas del campo hallarás esta casa transformada por completo. ¡La revolución habrá triunfado!

JOAQUÍN ¡Déjame en paz!

ESCENA XXIII

Dichos y LORENZO, LIBORIA y LABRIEGOS 1.° y 2.° Liboria vase sin decir palabra por la primera izquierda, y a poco sale con un abrigo y una maleta, desapareciendo por el foro.

LORENZO ¿A qué esperas, Joaquín? Conviene que emprendas la marcha cuanto antes.

JOAQUÍN Sí, sí. Ya me hallo dispuesto.

LORENZO Despídete de nuestra madre.

JOAQUÍN Ya me he despedido.

LORENZO ¿Y de nuestras hermanas?

JOAQUÍN También... No quiero más despedidas. Despídeme tú de Antonio y de Roque.

LORENZO Como gustes.

JOAQUÍN ¿Cuánto tiempo dura el viaje que hemos de hacer?

LABRIE. 1 A marcha regular unas seis horas.

LABRIE. 2 Llegaremos a la finca a la una y media de la madrugada, poco más o menos.

JOAQUÍN (Poniéndose de pie.) Pues en marcha.

ESCENA XXIV

Dichos y AURORA, por la segunda izquierda.

AURORA Espera, Joaquín.

JOAQUÍN No me acordaba de ti, Aurora. Dame un abrazo.

AURORA No vengo a despedirme... Vengo a decirte que no salgas.

LORENZO ¿Que no salga?

AURORA Ya harás el viaje mañana. A la clara luz del día.

JOAQUÍN No, Aurora. Es mejor que lo haga por la noche.

LORENZO Con el aire fresco y agradable que se respira.

JOAQUÍN Vamos... vamos...

AURORA No. No. No vayas con estos hombres.

JOAQUÍN ¿Y por qué no he de ir?

LORENZO ¿Qué salida es esta?

AURORA Tengo un mal presentimiento, y a mí nunca me engaña el corazón. El camino está lleno de precipicios. ¡El coche puede derrumbarse por alguno de ellos!

LORENZO No hagas caso, Joaquín. Nuestra hermana Aurora cree, por lo visto, que estos hombres que han venido para acompañarte, no han de tener todo el cuidado que requiere tu enfermedad. Yo garantizo que puedes irte con ellos sin el menor reparo.

LABRIE. I Seguro puede estar el señor.

JOAQUÍN Ya lo oyes, Aurora.

AURORA No se desvanece mi temor... Insisto en que no debes partir.

JOAQUÍN Lo encuentro muy extraño.

LORENZO Pero, Aurorita. ¿Estás loca?

AURORA No. No estoy loca. Nuestro hermano no saldrá de esta casa mientras yo tenga fuerzas para impedirlo.

LORENZO ¿Serás capaz de oponerte hasta ese extremo? ¿Tratas de imponernos tu voluntad perjudicando al enfermo? Vamos... vamos, Joaquín. Ayudadle vosotros.

JOAQUÍN Esperad, esperad... (A los labriegos que se acercan.)

AURORA No insistas, Lorenzo. No me obligues a que te arroje a la faz todo el negro horror de mis sospechas.

LORENZO ¿Qué tienes tú que echarme en cara?

JOAQUÍN Explícate con toda claridad, Aurora.

LORENZO (Acercándose a Aurora y cogiéndola de un brazo.) Por

ti estamos perdiendo un tiempo precioso. Aparta.

AURORA Suéltame.

JOAQUÍN ¿No quieres explicarte? Entonces salgamos.

AURORA (Colocándose en el foro como para cubrir la salida.) Digo que no.

LORENZO ¿Vas a poder tú sola más que todos nosotros? Te apartaremos a la fuerza.

AURORA Inténtalo, si te atreves. Raimundo; llegó el momento de demostrar con hechos lo que predicas. Ven. Ponte a mi lado.

RAIMUNDO (Huéleme que va a haber palos. A casita.) (Vàse por la primera derecha.)

ESCENA XXV

Los mismos, menos RAIMUNDO.

LORENZO Retírate... Obedece...

AURORA Antes me harás pedazos.

LORENZO En marcha, Joaquín.

LABRIE. 1 Vamos.

LABRIE. 2 Vamos.

JOAQUÍN ¡Alto! No.

AURORA ¡Miserable! Con ese afán que demuestras confirmas mis recelos. ¡Estos hombres traen malas intenciones, Joaquín!

JOAQUÍN ¡Poder de Dios!

LORENZO Ya subió la nube de sangre a mi cerebro. (Cogiendo bruscamente a Aurora de un brazo y atrayéndola hacia sí.) Fuera de aquí.

JOAQUÍN ¿Qué haces, Lorenzo?

AURORA ¡Socorro!

LORENZO (Tapándole la boca con una mano.) ¡Calla! ¡Cogedle vosotros y bajadle al coche!

JOAQUÍN (Forcejeando con los labriegos que tratan de ejecutar el mandato de Lorenzo.) ¡Villanos! ¡Villanos!

ESCENA XXVI

Dichos, ANTONIO y ROQUE, por el foro.

ROQUE ¡Ridiez! ¿Qué es esto?

AURORA Antonio, Roque. ¡Auxiliadme!

ANTONIO (Arrojándose sobre Lorenzo.) ¡Suelta a tu hermana, bestia!

ROQUE (Enarbolando el bastón que trae sobre la cabeza de los labriegos.) ¡Soltadle! O le abro a uno la cabeza de un garrotazo.

LORENZO (Que cayó al suelo por la acometida de Antonio, levantándose y sacando un cuchillo.) ¡Sangre! ¡Sangre!

ANTONIO (Presentando el pecho.) ¡Mátame!

ESCENA XXVII

Dichos y MANUEL, precipitadamente por la segunda derecha a tiempo de atajar la acción de Lorenzo, deteniéndole por el brazo.

MANUEL ¡Lorenzo! ¡Que es tu hermano!

ESCENA XXVIII

Dichos y DOÑA EVA, por el foro, y ROSARIO y LIBRADA, por la segunda derecha.

EVA ¡Jesús! ¿Qué pasa aquí?

ROSARIO ¡Hermanos!

LIBRADA ¡Hermanos!

EVA ¿Qué es esto, hijos míos?

JOAQUÍN La obra de tus desaciertos, madre. La rueda sin eje... La nave sin rumbo... ¡La guerra! ¡La guerra infame! ¡La guerra maldita!

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Escena partida de modo que el muro que hace la división empiece en el segundo término con objeto de que el público pueda fijarse bien en la acción dramática que se desarrolla en ambas secciones. La sección de la derecha corresponde a una pequeña sala intermedia que da acceso por la derecha al gabinete de Manuel, viniendo por el foro. El decorado es muy fastuoso, de tonos muy salientes, con cabezas de toro, banderillas, estoques y otros trofeos taurinos. A un ángulo, sobre una consola, una vitrina o capillita con una Virgen. La sección de la izquierda representa el gabinete de estudio de Joaquín, de estilo muy severo, con estanterías de libros, mapas en la pared y símbolos geográficos sobre una mesa escritorio. Tiene también salida al foro con otra a la izquierda.

ESCENA PRIMERA

Aparece en la habitación de la derecha DOÑA EVA, sentada, y sus hijas LIBRADA y ROSARIO, de pie, junto a ella. En la de la izquierda aparece JOAQUÍN escribiendo.

LIBRADA Decídete, mamá.

EVA No. No me decido.

ROSARIO ¿Pero por qué no hemos de salir hoy como todos los domingos?

EVA Tienes más entendimiento que tu hermana y debieras comprender la razón de mi conducta.

ROSARIO ¿Vale decirla?

EVA ¿Por qué no?

ROSARIO Desde que tuviste aquella conferencia con Joaquín tu carácter se ha transformado completamente.

EVA — Ya no vas por buen camino.
LIBRADA — Sí, sí.
ROSARIO — Antes vivías más alegre. Tenías una cara más risueña. Daba gusto hablar contigo. Ahora te has puesto grave, seria y a veces hasta fúnebre.
LIBRADA — Lo has acertado
EVA — Os equivocáis de medio a medio.
LIBRADA — Pruébanos lo contrario.
EVA — ¿Cómo?
LIBRADA — Desistiendo de tu empeño.
EVA — No es posible.
ROSARIO — Qué terca eres, mamá.
LIBRADA — (Acercándose a la puerta derecha y llamando.) ¡Manuel! ¡Manuel!
MUNUEL — (Dentro derecha.) ¿Qué deseas?
LIBRADA — Mamá no quiere que salgamos.
MANUEL — Obedeced a mamá.
EVA — ¿Qué dice?
LIBRADA — Que salgamos.
EVA — Siento mucho no poder complaceros.
LIBRADA — (A Manuel.) Dice que no puede complacernos.
MANUEL — Repito que la obedezcáis.
EVA — ¿Qué ha dicho ahora?
LIBRADA — Que haces muy mal y que debemos salir.
EVA — No es posible.
ROSARIO — ¿Para eso mandaste que nos hicieran tan ricos trajes de manola?
LIBRADA — Para eso. Para que se pudran en el armario ropero.
EVA — Benditas de Dios. Oidme... ¿Habéis olvidado el hondo disgusto que reina en esta casa desde la escena del pasado domingo?
LIBRADA — ¡Bah! Una nube de verano. Ya debías estar acostumbrada.
EVA — Lorenzo desapareció aquella tarde y aun no ha vuelto a su casa.
ROSARIO — Ya volverá, como ha ocurrido otras veces. La culpa fué de Aurora, por haber dado

tan injusta interpretación a la conducta de nuestro hermano.

EVA Olvidáis también que por causa de aquel terrible disgusto se agravó la enfermedad que padece Joaquín.

LIBRADA Pero se repuso luego.

ROSARIO Además, nadie se ha enterado de aquel suceso.

EVA No importa... Demasiado sabéis que nunca me arredró el decir de la gente. No se me oculta que cuando nos ven pasar en coche murmuran algunos: Por allí va doña Eva la loca, con sus hijas.

ROSARIO No hagas caso.

LIBRADA Envidias todo.

EVA No son las murmuraciones de los extraños las que producen en mí este cambio de carácter. Son las luchas intestinas que padecemos. Después de lo que ha ocurrido en esta casa, con la herida tan reciente, no es justo que nos vayamos de paseo como si nada hubiera ocurrido. No tanto, hijas, no tanto... Y dicho esto me voy para que me dejéis en paz. (Se levanta y se fija en que se hallan apagados los dos cirios que hay sobre la consola como para alumbrar a la Virgen.) ¡Qué miro! ¿Los cirios de la Virgen apagados?

LIBRADA ¡Ay! Es verdad.

ROSARIO ¡Qué descuido! ¡Qué descuido!

EVA ¡Pronto! ¡Pronto! Encendedlos.

ROSARIO Al punto. Al punto. (Encienden los dos cirios.)

EVA ¡Que no se entere Manuel! ¡Por Dios, que no se entere Manuel!

LIBRADA No padezcas, mamá. No sabrá nada.

EVA ¿Pero en qué estabais pensando? ¿No sabíais que toreaba Manuel esta tarde?

LIBRADA Lo sabíamos, pero...

ROSARIO Reconocemos nuestra falta.

EVA ¡Que Dios nos perdone a todos, porque estamos dejados de su mano! Decidle a Manuel que no se vaya sin despedirse. (Vase por el foro.)

ESCENA II

ROSARIO y LIBRADA.

ROSARIO — Tantas veces como yo he pasado por delante de la imagen... ¡Y no haberme fijado!

LIBRADA — Lo mismo digo. ¡Qué memoria tan desdichada la nuestra! ¡Qué falta tan grave!

ROSARIO — Calla... Manuel.

ESCENA III

Dichas y MANUEL, en traje de luces, por la derecha.

MANUEL — ¿Cómo se resolvió el conflicto? ¿Vais a salir por fin?

ROSARIO — No la hemos podido convencer.

MANUEL — Me alegro.

LIBRADA — ¿Tú también?

MANUEL — Me alegro porque presumo que esta tarde voy a salir de la Plaza acompañado por mi escolta real.

ROSARIO — ¿Y cuál es tu escolta real?

MANUEL — La Guardia Civil.

LIBRADA — Yo creo que te van a sacar en hombros.

MANUEL — No lo creas.

LIBRADA — ¿Por qué razón?

MANUEL — Por ciertos signos y señales que sólo conocemos nosotros los que tenemos este oficio.

ROSARIO — No te hagas supersticioso.. No caigas en esas manías de los toreros vulgares.

LIBRADA — Dice bien Rosario. Tú eres un muchacho muy fino y distinguido y debes separarte de la vulgaridad.

MANUEL — No me satisfizo el *ganao* que hemos de lidiar esta tarde. Lo vi ayer en el corral. Uno de los toros que tenía los cuernos como dos alfanges, que echó la vista encima como si me hubiera visto en alguna

otra parte y quisiera reconocerme. Yo, entonces, me fuí a otro lado para verle desde allí y observar lo que ocurría. ¿Y a qué no sabéis lo que hizo aquel demonio de bicho?

LIBRADA ¿Qué hizo?

MANUEL Que me fué siguiendo con los ojos mirándome de un modo tan persistente que me dejó *desconcertao*. Luego, en la brega, ese mismo toro se viene al bulto más dederecho que una bala. ¡Cualquiera hace floreos en presencia de uno de esos bichos rifeños, que ya le tienen a uno *filao* desde la víspera.

LIBRADA No hagas flores esta tarde.

MANUEL ¡Qué he de hacer? Quien quiera rositas que se compre un ramo.

ROSARIO No te expongas. Pínchale de cualquier modo.

MANUEL Pensamos al unísono; sólo que el toro que se acostumbra a recibir pinchazos, ya no se muere, como no le mate la Guardia Civil de una descarga. Se bambolea, pareciendo a la vista que va a caer muerto y está estudiando el mejor modo de tumbarse sobre la arena para descansar un rato. Luego, cuando ya nadie se acuerda ni de la madre que lo ha parido, se levanta de súbito y arremete contra todo bicho viviente, como si no tuviera el cuerpo hecho una criba... total, que hay que empezar de nuevo.

ROSARIO Nunca te hemos visto hablar tan seriamente.

LIBRADA Si tienes alguna preocupación debes desecharla.

ROSARIO Hazte superior.

MANUEL Pica en historia. Ya en otra ocasión me ocurrió una cosa parecida. También me filó un toro desde el corral y recibí al día siguiente un varetazo que me hizo ver las estrellas.

ROSARIO Yo no creo en esas supercherías.

LIBRADA Ni yo tampoco.

MANUEL Este oficio tiene más misterios que la Biblia. Ahí está mi compañero Chicorro que puede afirmarlo. Siempre que torea enciende dos velas a la santa de su devoción, que es la Virgen del Carmen, exactamente lo mismo que yo hago con la Virgen de las Angustias. Pues bien; siempre que se ha descuidado dejando sin encender los cirios, le ha cogido el toro. Tantos descuidos, tantas *cornás*... A ver cómo se explica este misterio.

ROSARIO ¡Ay, Dios mío!

LIBRADA ¡Ay, Virgen María!

MANUEL ¿Qué os pasa? ¿Por qué os afligís de esa manera.

LIBRADA Por nada... Por nada.

ROSARIO Ten mucha prudencia esta tarde, Manuel.

LIBRADA No te fíes de ningún toro hasta que le veas sin ningún asomo de vida.

MANUEL Hacen como los cómicos. Se levantan después de muertos para saludar al público.

ROSARIO ¡Qué oficio!... ¡Qué oficio tan malo!

LIBRADA ¡En qué angustias nos dejas...!

MANUEL ¡Ea! ¡Se acabó! Tranquilizaos... Sea lo que Dios quiera. En último caso me iré yo mismo a la enfermería adelantándome a los acontecimientos... Voy a ver a Joaquín...

ROSARIO No dejes de despedirte de mamá.

LIBRADA En su gabinete te aguardamos.

MANUEL Pues hasta ahora mismo. (Váse Manuel por el foro seguido de Rosario y Librada.)

ESCENA IV

Aparece MANUEL por el foro de la habitación donde se halla escribiendo JOAQUIN

MANUEL Aquí me tienes, Joaquín.

JOAQUÍN ¿Recibiste mi aviso?

MANUEL Sí; por Liboria.

JOAQUÍN Toma asiento. (Manuel toma asiento en una silla que habrá frente a la que ocupa Joaquín, junto a la mesa.)

MANUEL Te ruego que seas breve... Tengo el tiempo muy ceñido. Tírate a fondo en seguida.

JOAQUÍN A fondo y al corazón.

MANUEL Venga de ahí.

JOAQUÍN Manuel... ¡Estamos abocados a la ruina! Nuestra madre se halla en descubierto por cincuenta y cinco mil duros.

MANUEL ¡Hasta la cruz!

JOAQUÍN Todas nuestras fincas se hallan hipotecadas y si no pagamos en breve esa cantidad... esta casa, antiguo solar de nuestra familia, pasará a manos de otro dueño.

MANUEL ¡Vaya una estocada!

JOAQUÍN Para abreviar... Esto se debe al mal gobierno de nuestra madre, pero sus hijos tienen el deber de perdonarla y socorrerla...

MANUEL ¡Ese eres tú, Joaquín! Te reconozco ese rasgo... ¡Chócala, hombre...! (Se dan la mano.)

JOAQUÍN Me has transmitido el calor de tu alma... ¡Ah! ¡Manuel! Debes perdonarme. No te creía tan espontáneamente generoso, ni con un tesoro tan grande de amor filial...

MANUEL Yo soy como todos los de mi oficio... La vida que hacemos nos arrastra al vicio y a la juerga sin poderlo remediar... Algunos contraen hasta malas costumbres, mas no hay torero alguno que en tratándose de su madre no se sienta hombre de bien... La madre, para el torero, es como una Virgen puesta sobre el altar del corazón. Lo más dulce de la vida... Lo mejor de la tierra, y hasta lo más hermoso que pueda haber en la Gloria... De

modo que ya lo sabes. A sacar a nuestra madre de ese apuro...

JOAQUÍN ¿Opinas tú que podemos salvarla?

MANUEL Yo sólo me ocupo de lo que opina el toro... Arréglalo tú como se pueda...

JOAQUÍN ¿Ganas mucho dinero?

MANUEL Seis mil pesetas en cada corrida.

JOAQUÍN ¿Y has acumulado fondos en algún Banco?

MANUEL No tengo ni cincuenta duros... Le doy todo el dinero que gano a... Ya iba a soltarlo...

JOAQUÍN ¡A nuestra madre!

MANUEL ¡Sí; a nuestra madre! Tendré que cortarme la lengua. La pobre tiene un agujero en cada mano. No es suya la culpa... ¡Poco afligida que estará!... ¡Pobrecilla... !

JOAQUÍN ¿De dónde sacamos esos cincuenta y cinco mil duros?

MANUEL Hay que matar cincuenta toros... y esto no se hace en un día. ¡Si no fuera tan crecida la suma!...

JOAQUÍN Vamos a ver... Vamos a ver.... Rosario y Librada pueden vender sus joyas.

MANUEL Ese es un buen renglón. De la pobre Aurorita no hay que hablar. Sólo adorna su cuerpo con flores naturales.

JOAQUÍN Antonio y Roque tienen buenos amigos. Algo pueden pedir a la amistad. Yo venderé la edición de un libro que estoy terminando, y tú...

MANUEL Yo me encargo de lo que falte. Palabra de torero...

JOAQUÍN Pues al trabajo.

MANUEL Al trabajo. No puedo detenerme por más tiempo. Dejo en tus manos este negocio. Luego remataremos la suerte. Cuando vuelva de la plaza. Hasta la vista, Joaquín.

JOAQUÍN A mis brazos, Manuel. (Se abrazan y así permanecen largo tiempo.)

ESCENA V

Aparece AURORA por el foro con una rosa blanca en el pecho.

AURORA ¿Se han unido vuestras almas?
JOAQUÍN Sí.
MANUEL Voy a quererte mucho, Aurora... Más de lo que te quería, desde hoy.
AURORA Yo también.
MANUEL Lo dicho, Joaquín. Hasta la vista, Aurora.
AURORA ¡Mira lo que haces!... Domina a la fiera. No te aturdas. Arrójate con valor cara al peligro, pero no pierdas nunca la serenidad.
MANUEL ¿Eso me dices tú?
AURORA Cuando vas a la lidia, te animo. Cuando vuelves, lloro.
MANUEL Muy bien dicho. Hasta la vista. (Vase Manuel por el foro.)

ESCENA VI

AURORA, acercándose a JOAQUÍN y entregándole una cartera

AURORA Toma.
JOAQUÍN ¿Qué contiene?
AURORA Puedes verlo.
JOAQUÍN (Examinando el contenido.) ¡Dos mil pesetas! ¿Quién te ha dado estos billetes?
AURORA Son míos... Los he recogido poco a poco en el transcurso de cuatro años. ¡Son mis ahorros! Constituyen el producto de muchas flores y bordados que he confeccionado a deshoras de la noche... No creí, a la verdad, que andando el tiempo tuvieran tan buen empleo... Te entrego toda mi fortuna, Joaquín. Fuera de esas dos mil pesetas, ya no poseo nada... Ni joyas, ni vestidos... Ni prenda alguna de valor. (Pausa.) ¿En qué piensas? ¿Por qué te has quedado tan meditabundo?

JOAQUÍN — Pienso en que si Rosario y Librada tuvieran tu abnegación...

AURORA — La tendrán... ¿Qué corazón no se abre tiernamente cuando se trata de la salvación de una madre? Por vanidosas que sean mis hermanas, no dejarán de cumplir con su deber.

JOAQUÍN — ¡Oh! Sí, sí... No hay que ofenderlas con suposiciones malignas... Mi espíritu se expansiona... ¡Qué bella y dulce es la esperanza!... Debe haber en aquellos corazones algún filón oculto. Ve, Aurora. Dales aviso de que quiero hablar con ellas.

AURORA — Voy al punto. (Vase Aurora por el foro.)

ESCENA VII

JOAQUÍN.

¿Y por qué no? Ellas fueron las preferidas en esta casa. Las perlas de sudor que arrancó la fatiga a sus hermanos, sirvieron de rico adorno a su cuerpo, convertidas en piedras preciosas... Cuanto son, cuanto valen, todo lo deben al cariño maternal... Justo es que, ahora, ellas, acudan a la defensa de su madre.

ESCENA VIII

Dicho, ROSARIO y LIBRADA, por el foro. Se detienen en el mismo.

JOAQUÍN — Adelante, hermanas, adelante.

ROSARIO — Nos ha dicho Aurora que...

JOAQUÍN — Sí... Que deseo hablar con vosotras. Tomad asiento.

ROSARIO — No es necesario. Te oiremos de pie.

JOAQUÍN — ¡Hermanas!... Se trata de nuestra madre.

LIBRADA — Buen disgusto acaba de darnos.

JOAQUÍN — ¿Qué ha hecho?

LIBRADA *Erre que erre* en que no hemos de salir esta tarde, y aquí nos tienes aburridas sin saber qué hacer.

ROSARIO Ahora le ha dado por la seriedad.

JOAQUÍN Bueno... Bueno... ¿Qué os importa no salir de paseo?... Por un día... Vamos a lo que más hondamente nos interesa.

LIBRADA Tú dirás.

JOAQUÍN Nuestra madre se halla en un compromiso económico muy grande.

ROSARIO Eso en ella ya es viejo.

LIBRADA No te apures... Ya le sacará de ese conflicto don Judas... Para eso se pinta solo.

JOAQUÍN Tendré que deciros toda la verdad. Si no ponemos dentro de breve plazo cincuenta y cinco mil duros en su poder, vosotras y yo, y todos nuestros hermanos, nos quedaremos sin casa, sin honor y desprestigiados para siempre.

ROSARIO ¿Lo estás oyendo? Al fin sucede lo que temíamos... Lo que tantas veces hemos pronosticado.

LIBRADA ¿Y don Judas? ¿Qué hace? ¿Cómo no se mueve?

JOAQUÍN Se ha perdido todo el crédito que tenía esta casa... Ya no es posible sacar más dinero.

LIBRADA Pero algo tiene que hacer mamá.

ROSARIO Por fuerza.

LIBRADA Tiene que hacerse cargo de la situación en que quedan sus hijas.

ROSARIO Ha de tener en cuenta la posición que ocupamos socialmente.

LIBRADA Me ha puesto nerviosa la noticia. Débese pagar a toda costa el descubierto que tenemos en la joyería de Riestra.

ROSARIO Eso es lo más urgente...

LIBRADA ¡Qué vergüenza!

ROSARIO Evítanos este sonrojo, Joaquín. Adviérte a mamá que lo primero que tiene que solventar es...

JOAQUÍN (*Indignado, pegando un fuerte puñetazo sobre la mesa.*) ¡ Basta !
LIBRADA ¡ Qué susto !
ROSARIO ¿ Por qué has dado tan fuerte golpe?
JOAQUÍN Porque... Dejemos esto... Yo también tengo mis arranques... Somos una familia de locos... de neuróticos... Vamos a lo substancial. Manuel y yo nos hemos propuesto salvar a nuestra madre con ayuda de todos vosotros.
ROSARIO Es muy digna de aplauso esa conducta.
LIBRADA Lo mismo digo.
JOAQUÍN Siendo así nos hemos salvado... ¡ Ah ! No esperaba menos de vosotras.
ROSARIO ¿ Nosotras? (*Con gran extrañeza.*)
LIBRADA ¿ Qué podemos hacer?.
JOAQUÍN Sois poseedoras de joyas valiosísimas.
ROSARIO ¡ Nuestro único patrimonio !
LIBRADA ¡ Nuestras pobres joyas !
JOAQUÍN No digais eso. Me están hiriendo los ojos con vivos reflejos las sortijas que llevais en los dedos. Sin contar las ricas alhajas que guardais en vuestros joyeros, llevais encima un capital.
ROSARIO ¿ Y qué pretendes?
JOAQUÍN Que os desprendais siquiera de la mitad en beneficio del caudal común que necesitamos para realizar nuestro objeto.
ROSARIO ¿ Cómo?
LIBRADA ¿ Estás loco?
ROSARIO ¿ Desprendernos de nuestras joyas?... ¿ Quedarnos como cualquier menestrala o modista de taller?... ¡ Nunca !
LIBRADA ¡ Nunca !
JOAQUÍN ¡ Qué daño me hacéis, hermanas !
ROSARIO Eso don Judas... Don Judas.
JOAQUÍN ¡ Se trata de la salvación de una madre !
ROSARIO Nuestra madre ha hecho en todas ocasiones su santa voluntad. Acuérdate de las veces que le hemos aconsejado inútilmente que hiciera economías... Ella es la responsable de todo lo que ocurre...

JOAQUÍN ¿Tendríais valor para verla sumida en la desesperación... (Pausa.) Vamos, hermanas mías... En el alma de toda hija hay siempre un altar oculto donde se rinde veneración al cariño filial... Escudriñad el fondo de vuestras almas, desprovistas de toda pasión mundana, y hallaréis pronto ese altar.

ROSARIO No malgastes tu elocuencia en vano.

LIBRADA Nos quedaríamos sin joyas, y al día siguiente volveríamos a las andadas. Este mal no tiene cura.

JOAQUÍN Depositad en mi mano vuestro primer donativo. Dadme esas joyas, hermanas. (Extendiendo la mano hacia ellas.) ¡Una limosna por el amor de Dios para vuestra madre! (Poniéndose de pié.)

ROSARIO No. (Con resolución.)

LIBRADA No. (Imitando a Rosario.)

JOAQUÍN (Sin dejar de extender el brazo, lo modula para señalarles la puerta del foro en señal de despedida. Rosario y Librada vanse por el foro en cierto modo impuestas por aquel majestuoso y severo ademán de despedida.)

ESCENA IX

JOAQUÍN.

¡Ya pareció el escollo!... No se puede dar un paso en la vida sin tropezar con la ley fatal de oposición... Pero en esa forma... ofreciéndose con tan negra y obscura ingratitud, se sobrepone a la razón humana... ¡Estoy confundido! (Abisma la cabeza entre ambas manos apoyando los codos sobre la mesa.)

ESCENA X

Dicho, ROQUE y ANTONIO, por el foro.

ROQUE Mírale.

ANTONIO Caviloso está.

Roque (Acercándose.) ¡Joaquín!

Roque ¿Cómo, que miserables?

Roque ¿Cómo que miserables?

Joaquín ¡Ah! ¿Sois vosotros?

Roque Los mismos.

Antonio ¿En qué estabas pensando?

Joaquín Decidme, hermanos. ¿Qué sucede cuando se coge en el campo un nido de pájaros y se les encierra en una jaula?

Roque Que no tardan en revolotear en torno de ella los padres, y aun se encierran voluntariamente si hallan algún sitio abierto para meterse dentro de la jaula, con objeto de unirse a sus hijuelos.

Joaquín ¿Y qué sucede cuando los padres quedan encerrados y se da libertad a los pajarillos?

Roque Que tira cada cual por su lado, extendiendo el vuelo sin acordarse para nada de sus padres.

Joaquín Ahí tenéis la imagen de la más negra ingratitud...

Roque ¿Y a qué viene eso?

Joaquín Lo cito como ejemplo vivo de lo que ocurre en el seno de nuestra familia... Pero no... no... Pecaría de injusto con vosotros que adorais en nuestra madre... Vamos... Vamos a lo que importa. ¿Qué traeis?

Roque Malas noticias.

Antonio No hay amistad en el mundo.

Roque Con tantos ofrecimientos, mira sólo lo que hemos podido recoger. (Entregándole unos billetes de Banco.)

Joaquín ¿Cuánto?

Roque Dilo tú. A mí me da vergüenza.

Antonio No llega a mil duros.

Joaquín Poco es.

Roque Han dado un bajón muy grande nuestros cálculos, y es que han olido algo. Todo son excusas y pretextos para salir del pa-

so. Buenas palabras sí que *himos* hallao.

JOAQUÍN ¿Don Merenciano, tampoco?

ANTONIO Cuando fuímos a verle no estaba en casa. Es decir... Eso es lo que nos dijeron. Mas yo creo que...

ROQUE No pensemos mal todavía. Don Merenciano ha recibido muchos favores. Debe auxiliarnos en esta ocasión.

ANTONIO ¿Y Manuel? ¿Pone el hombro?

JOAQUÍN Más todavía... Pone la fuerza de sus puños. La energía de su carácter... Su alma... Su vida... Su dinero... No sólo el que gana, sino hasta el que tiene que ganar. Nada nos regatea Manuel. Todo lo pone a nuestra disposición.

ANTONIO No me extraña. Tiene un corazón de oro.

ROQUE Y Rosario y Librada, ¿se desprenden de sus joyas? Mal gesto pones.

JOAQUÍN A ver si lo entiendes. Los pajarillos salen de la jaula y abandonan a sus padres...

ROQUE Y bien que lo entiendo. Quieres decir que han extendido las alas llevándose en el pico sortijas de brillantes y collares de perlas. ¿No es así?

JOAQUÍN Me admiras con tu perspicacia.

ROQUE ¿Tan poca consideración les merece su madre?

JOAQUÍN Su madre es la vanidad.

ROQUE Pues a la fuerza ahorcan... A raparlas el pelo y a dejarlas sin un alfiler.

ANTONIO Será muy difícil que podamos salir de este atolladero.

JOAQUÍN Haremos todo lo que humanamente sea posible.

ROQUE Antonio. Volvamos a casa de don Merenciano. A ver si le hallamos de buen temple y le sacamos un pico. No hay que desmayar.

ANTONIO Vamos.

ROQUE Hasta luego, Joaquín.

JOAQUÍN Hasta luego. (Vanse por el foro.)

ESCENA XI

JOAQUÍN.

Y yo al trabajo sin desfallecimiento. Obedece, naturaleza. Lo manda el espíritu. (Escribe como anteriormente.)

ESCENA XII

Sale DOÑA EVA por el foro, en la sala de la derecha.

Los cirios están ardiendo. Nuestra ofrenda se eleva hasta el trono de Dios en llama viva. ¡ Qué dulce y misterioso encanto ! Esto aplaca la excitación de mis nervios. La Virgen de las Angustias nos perdona. ¡ Vano es mi temor ! ¡ Injusto mi sobresalto ! La fe transporta las montañas. Ella pondrá a salvo a mi hijo librándole de todo riesgo para que pueda volver nuevamente a mis brazos... Ahora a llorar un poco. (Toma asiento.) A descargar la nube que había obscurecido la luz de mi fe.

ESCENA XIII

Dicha y AURORA por el foro. Se detiene para contemplar a su madre.

AURORA ¡ Llora ! ¡ Benditas lágrimas si son de arrepentimiento ! ¡ Pobre madre ! ¡ Me dan tentaciones de caer a sus pies ! ¡ De llenar su frente de besos y caricias ! ¡ Qué idea tan feliz me acomete ! Ahora que está abierta su alma excelente ocasión para sembrar en ella la buena semilla... Voy a decírselo a Joaquín. (Vase por el foro.)

ESCENA XIV

Aparece AURORA por el foro, en la sala de Joaquín.

AURORA ¡ Joaquín !
JOAQUÍN ¿ Quién llama ?

AURORA Soy yo.
JOAQUÍN ¿Qué ocurre?
AURORA ¡Nuestra madre llora!
JOAQUÍN ¿Llora?
AURORA Sí.
JOAQUÍN (Levantándose.) ¿Dónde?
AURORA En el cuarto de Manuel.
JOAQUÍN Voy allá. (Vase Aurora por el foro. En pos vase también Joaquín.)

ESCENA XV

Sale JOAQUÍN, por el foro.

JOAQUÍN ¡Madre!
EVA ¿Tú aquí? Ven; toma asiento a mi lado.
JOAQUÍN Esta mañana estuve muy riguroso contigo.
EVA Me hiciste mucho daño.
JOAQUÍN Bien castigado estoy... La espina que un buen hijo se ve obligado a clavar en el corazón de su madre luego se vuelve contra su propio corazón.
EVA No padezcas por mí.
JOAQUÍN ¿Lo tomaste a desamor?
EVA ¿A desamor? ¿Por qué? Yo no puedo creer nunca en el desamor de mis hijos.
JOAQUÍN ¿Has llorado?
EVA Se arrasaron mis ojos pensando en Manuel.
JOAQUÍN ¿Temes por su vida?
EVA Nunca pensé en el peligro que corre tan sobresaltada como esta tarde.
JOAQUÍN ¿Por qué no le aconsejas que abandone esa carrera?
EVA Líbreme Dios de hacerlo... ¿En qué otro oficio podría ganar tanto dinero?
JOAQUÍN En ninguno... Tienes razón.
EVA ¿Ni dónde podría alcanzar mayor gloria?
JOAQUÍN No hay templo más grande que el del toreo. ¿Es verdad?
EVA Tu escribes muchos libros de mérito. ¿Y qué consigues?

JOAQUÍN. — Nada.

EVA. — De Manuel habla todo el mundo.

JOAQUÍN. — Y de mí no se ocupa nadie.

EVA. — ¡ Y si le vieras torear ! ¡ Oh !

JOAQUÍN. — Dejaría de escribir libros y me dedicaría al toreo.

EVA. — No lo digas en broma.

JOAQUÍN. — Lo digo en serio. Aun no conoces tú a fondo el mérito que tiene mi hermano.

EVA. — ¿ Y eres tú quien lo dice?

JOAQUÍN. — Cada día tengo que rectificar alguno de mis muchos errores. Cometí uno muy grande al juzgar a Manuel y ahora tengo que rectificar otro que he sufrido al juzgarte a ti.

EVA. — ¿ Cuál?

JOAQUÍN. — Creí que te hallarías hondamente preocupada por la grave crisis que estamos atravesando.

EVA. — Lo estoy... pero confío en mis recursos y esto me tranquiliza.

JOAQUÍN. — ¿ Qué recursos?

EVA. — Persona tengo que vela día y noche por nuestros intereses.

JOAQUÍN. — ¿ Aun confías en tu administrador?

EVA. — Ya lo creo.

JOAQUÍN. — Con todas las fincas gravadas hasta en tercera hipoteca. ¿ Crees tú que...?

EVA. — De fijo que ya encontró el dinero que necesitamos para solventar nuestros compromisos. Tú no conoces a don Judas.

JOAQUÍN. — ¡ Me dejas absorto !

EVA. — En último término apelaré a un recurso supremo. Rosario y Librada poseen una fortuna en alhajas...

JOAQUÍN. — ¡ Oh !

EVA. — Las pobrecillas nada saben. No quiero amargar su alegría. Antes de echar mano ni a una sola de sus ricas joyas, apuraré todos mis recursos. ¡ Es tan grande la adoración que me profesan !

JOAQUÍN ¡ Oh !

EVA ¿ Lo dudas?

JOAQUÍN Y aunque lo dudara. No me atrevería a desgajar del árbol de tus esperanzas esa rama florida. ¡ Es tan natural que una madre confíe en el amor de sus hijos ! ¡ Es tan dulce pensar que no puede arraigar en sus corazones la flor negra de la ingratitud !

EVA ¿ En el corazón de mis hijas?... ¡ Qué disparate ! Rosario y Librada son buenísimas... Si se tratara de Aurora...

JOAQUÍN ¿ De Aurora dices?

EVA Es más fría para el cariño que sus hermanas. Si ella tuviera joyas, le costaría mucho trabajo desprenderse de ellas para salvar a su madre.

JOAQUÍN ¡ Espejismos del entendimiento ! ¡ Traiciones de la conciencia ! ¡ Engaños del corazón !

EVA ¿ Por qué dices eso?

JOAQUÍN Ya lo sabrás cuando llegue el día de las reivindicaciones.

ESCENA XVI

Dichos y DON JUDAS, por el foro.

JUDAS ¡ Señora !...

EVA Mi administrador. De seguro que viene a decirme que ya está todo arreglado.

JOAQUÍN ¡ Válgame Dios ! ¡ Yérguete cuerpo ruin ! ¡ Fortuna, madre ! ¡ Voy al gabinete de Aurora !

EVA ¡ Adiós, hijo ! (Vase Joaquín por el foro, sin mirar siquiera a don Judas.)

ESCENA XVII

DOÑA EVA y DON JUDAS.

EVA ¿ Viene a decirme que...?

JUDAS Desgraciadamente, señora, han fracasado todos mis esfuerzos.

EVA — Ofrezca el quince... el veinte por ciento.

JUDAS — Imposible. Ya no tenemos crédito alguno.

EVA — ¡Jesús! ¡Jesús!

JUDAS — De modo, señora, que en vista del malogro de mis gestiones, tengo el sentimiento de presentar a usted la renuncia de mi cargo.

EVA — De ningún modo. Me hallo altamente satisfecha del celo y lealtad conque usted lo ha desempeñado.

JUDAS — Mi resolución es irrevocable, doña Eva.

EVA — ¿Irrevoble? ¿Irrevocable dice?

JUDAS — Sí, señora.

EVA — ¿Me abandona en tan críticas circunstancias?

JUDAS — Confíe sus negocios en otro administrador.

EVA — Usted es depositario de todas mis cuentas... Maneja todos mis asuntos... Hasta conoce mis secretos...

JUDAS — Ruego a la señora que dé por bien presentada mi dimisión.

EVA — ¿Y cuándo dimite? Cuando ya no hay nada que administrar!

JUDAS — No es mía la culpa.

EVA — Apelo a sus buenos sentimientos...

JUDAS — ¡Imposible! En el despacho hallará usted el balance de cuentas y el déficit que resulta.

EVA — (¡Este hombre! ¡Este hombre!)

JUDAS — Con su permiso me retiro.

EVA — Un momento, don Judas.

JUDAS — Diga la señora.

EVA — ¿Se desentiende por completo de toda gestión administrativa?

JUDAS — Completamente.

EVA — Lo siento mucho, porque pensaba encargarle de una operación decisiva.

JUDAS — ¿Cuál es?

EVA — Ya sabe usted que las joyas que poseen

mis hijas representan en conjunto un gran valor.

JUDAS Pero ellas no querrán desprenderse.

EVA Se equivoca usted. Se hallan dispuestas a enagenarlas para salvar a su madre. Y pensaba entregárselas a usted al objeto de que procurase su venta en las mejores condiciones.

JUDAS ¡Qué hermoso rasgo! ¡Qué hermoso rasgo!

EVA Considere que no es tan desesperada la situación.

JUDAS Ni mucho menos...

EVA ¿De modo que...?

JUDAS Por el afecto que tengo a la señora, retiro la dimisión presentada. Seguiré siendo su administrador.

EVA (Con gran indignación.) ¡Por fin ya se ha declarado! ¡Es usted un miserable!

JUDAS ¿Qué dice usted?

EVA Ha caído la venda que cubría mis ojos. ¡Nos ha robado usted! ¡La ira enciende mi rostro!

JUDAS Señora... ¿Esas palabras?... ¿Esa injuria?...

ESCENA XVIII

Dichos, ROQUE y ANTONIO, por el foro.

ROQUE ¿Qué pasa, madre?

EVA ¡Este hombre es un infame!... ¡Se ha burlado de mi buena fe!... ¡Ha malversado nuestra hacienda!... ¡Nos ha robado!... ¡Nos ha robado!...

ANTONIO Tarde lo reconoces.

ROQUE Más vale tarde que nunca.

JUDAS Protesto... Protesto...

ROQUE (Cogiéndole con la mano derecha del cuello.) Venga usted acá.

JUDAS Suelte... Suelte... ¡Que me ahoga!

ROQUE ¡Ridiez! ¡Si esto no es más que una ca-

ricia!... Vamos a encerrarle en el despacho hasta que presente las cuentas bien limpias.

ANTONIO Y luego al Juzgado.

EVA Sí, sí. ¡Al Juzgado!

JUDAS ¡Por piedad, señores!

ROQUE No se apure usted. Se le hará justicia. Le mandaremos a presidio.

EVA ¡A presidio! ¡A presidio!

ROQUE ¡En marcha! (Vanse todos por el foro.)

ESCENA XIX

Salen por el foro de la sala de la izquierda JOAQUÍN y EDITOR.

JOAQUÍN Aquí, en mi despacho, podremos hablar con entera libertad.

EDITOR Donde guste, don Joaquín. (Se sientan.)

JOAQUÍN Vamos a ver, don Cipriano. Estas son las últimas cuartillas de mi obra «El porvenir de la Agricultura». Salvando la inmodestia que impone la paternidad, me atrevo a calificarla de obra monumental. Producto de un trabajo de muchos años de estudios y observaciones.

EDITOR Tratándose de usted, no cabe duda que debe ser muy importante.

JOAQUÍN Mi objeto es editar la obra.

EDITOR Por editada... Por editada... Señale usted mismo la participación que desea en los beneficios líquidos.

JOAQUÍN Muchas gracias, pero...

EDITOR ¿Hay algún inconveniente? Por resuelto, don Joaquín.

JOAQUÍN Con toda franqueza, don Cipriano. Por atenciones de mucha urgencia, que fuera ocioso mencionar, necesito dinero. Le he llamado para proponerle la venta en firme de la propiedad de mi obra.

EDITOR ¡Cuánto lo siento, don Joaquín! ¡Cuánto lo siento!... Nuestra casa ha tomado la resolución, con caracter general, de

no adelantar fondos por la publicación de obras de este género. Nos comprometemos a editarla, sólo porque se trata de un autor de esclarecido renombre. Los libros de caracter científico o filosófico se eternizan en nuestros estantes hasta que se ofrecen al público como saldos a cualquier precio.

JOAQUÍN Sin embargo... Sin embargo... Los intelectuales...

EDITOR Dispense que le interrumpa. Salvo muy contadas excepciones, imitan a los analfabetos.

JOAQUÍN Se trata del porvenir de la Agricultura...

EDITOR Eso no interesa a nadie.

JOAQUÍN Aun hay españoles que...

EDITOR Que estudian y piensan sólo para ejercer una profesión que les asegure los garbanzos. Las letras, aquí en España, son pobres, pobrísimas... La inteligencia pura se halla desvalorizada por completo. Mas veo que se han trocado los papeles. Todo esto lo sabe usted mucho mejor que yo.

JOAQUÍN Sí, sí. Ya me hago cargo. Los intelectuales españoles no se dignifican entre sí. Salvo honrosos distingos, la Inteligencia va exclusivamente, a la Cátedra, por el sueldo; al Púlpito, por la paga; al Teatro, por la taquilla; al Foro, por el lucro y a la Política, por el negocio. ¡A vivir, dicen todos! Y se agarran ávidamente al pedazo de pan que menos molestias les produce, aunque tengan que pasar por muchas abdicaciones y vilipendios... Ha desaparecido la diferencia entre el cerebro y el estómago. Esta es la realidad.

EDITOR De mano maestra, don Joaquín; de mano maestra.

JOAQUÍN ¿Quedamos en que usted no puede acceder a mi deseo?

EDITOR Con todo el sentimiento de mi alma; no, señor. Si se tratara de un libro de tauromaquia o de cocina... De un libro que se titulase, por ejemplo: «Joaquín, el buen cocinero»...

JOAQUÍN Basta... Basta... Hemos terminado.

EDITOR Sentiría que... (Levantándose.)

JOAQUÍN Puede irse con toda tranquilidad. El mal es más hondo, y el remedio no está precisamente en los editores. Beso a usted la mano.

EDITOR Quede con Dios, don Joaquín. (Vase por el foro.)

ESCENA XX

JOAQUÍN.

¡Tantas gotas de sudor luminoso como ha vertido el espíritu en estas cuartillas! Tesoro de la inteligencia, ¡arrincónate! ¡De nada le aprovechas al hijo amoroso que trata de salvar a su madre de la ruina y la desesperación!

ESCENA XXI

Dicho y RAIMUNDO, muy agitado, por el foro.

RAIMUNDO ¡Joaquín! ¡Joaquín!

JOAQUÍN Raimundo... ¿Qué traes tan descompuesto?

RAIMUNDO Déjame respirar...

JOAQUÍN ¡Me estremeces! ¿Acaso Manuel...?

RAIMUNDO Sí. Sí.

JOAQUÍN ¿Le ha matado el toro?

RAIMUNDO No tanto, pero le ha herido gravemente.

JOAQUÍN ¡Horror!

RAIMUNDO Por culpa del público, Joaquín. Por culpa del público... Puedo jurarlo.

JOAQUÍN ¡Qué brutal sacrificio!

RAIMUNDO Salió un toro de malas condiciones. Ma-

nuel lo trastcó con mucha desconfianza y recelo, apartándose contra su costumbre. Esto disgustó a los aficionados, que comenzaron a protestar. Luego tuvo la desgracia de pinchar en hueso por dos veces y aquí fué Troya. Todos vociferaban a un tiempo, gritando: «¡ Fuera ese cobarde ! ¡ Aproxímate, gallina ! ¡ Acércate, que para eso cobras, ladrón !» Manuel, que tiene mucha vergüenza torera, y que es, además, un chico muy pundonoroso, como tú sabes, no pudo soportar la grita y se arrojó a la cabeza del toro sin ningún miramiento. La fiera, entonces, hizo de las suyas. Yo, al verle tendido en tierra, creyéndole muerto, me encaré con el público, gritando: «¡ Asesinos ! ¡ Asesinos !»

JOAQUÍN ¡ La fiera natural ! ¡ La fiera humana !... ¿Dónde se halla la línea divisoria?... ¿Quedó en la plaza?

RAIMUNDO Le curaron de primera intención en la enfermería. Mas ya le traen.

JOAQUÍN ¿Lo sabe nuestra madre?

RAIMUNDO Voy a decírselo; pero temo que...

JOAQUÍN Por lo pronto di que sólo se trata de un rasguño.. (Dentro grandes rumores que van creciendo.)

RAIMUNDO Ya está ahí.

JOAQUÍN No pierdas tiempo.

RAIMUNDO Allá voy. (Vase por el foro.)

ESCENA XXII

JOAQUÍN.

¡ Cómo crece la marea ! ¡ Cómo avanza la ola del dolor ! ¡ Amargo fruto de errores y torpezas al que damos el nombre de fatalidad ! ¡ Socavamos los cimientos de la torre, y cuando ésta se derrumba decimos que es obra del destino !

EVA (Dentro.) ¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío !

AURORA ¡ Manuel ! ¡ Manuel !
ROSARIO ¡ Hermano !
LIBRADA ¡ Hermano !
MÉDICO ¡ Paso ! ¡ Paso !
JOAQUÍN ¡ Ya invadió nuestro hogar !... ¡ Ya inundó los corazones !... ¡ Pobre Manuel !... ¡ Voy a verle !... No... No puedo. Me abandonan las fuerzas !

ESCENA XXIII

Salen por el foro de la escena derecha, MANUEL, herido, que va angustiosamente por su pié, sostenido por CHICORRO y otro de la cuadrilla. Salen en pos, DOÑA EVA, a quien también sostienen ROQUE y ANTONIO. Síguenles, RAIMUNDO, ROSARIO, LIBRADA y LIBORIA. El MÉDICO abre el paso, diciendo:

MÉDICO ¡ A la cama !... ¡ A la cama !... Alto aquí todos.
EVA ¡ Hijo de mi alma ! ¡ Hijo de mi alma !
MÉDICO ¡ Basta... Basta ! Por bien del herido... ¡ Que nadie nos siga ! (Entran en el cuarto derecha Manuel con sus acompañantes y el Médico.)

ESCENA XXIV

Los mismos menos MANUEL y acompañantes. Luego AURORA con un vaso conteniendo un cordial.

EVA ¡ Qué dolor tan grande !
ROQUE ¡ No te desesperes, madre ! Toma asiento.
ANTONIO Descansa... Descansa...
AURORA (Saliendo por el foro.) Bebe, madre, bebe.
EVA Dejadme... Dejadme...
ROQUE Trae el vaso.
AURORA Toma.
ROQUE A beber, madre...
EVA (Después de haber bebido.) ¡ Ay de mí !... ¡ Ay de mí !
AURORA Por tus hijas... Sosiégate...

ESCENA XXV

Dichos y el MÉDICO, con una receta, por la derecha. Luego hace mutis por donde vino.

MÉDICO ¡Esta receta!... Que traigan al punto esta receta.

LIBORIA ¡Venga!

AURORA ¡Corriendo, Liboria!

ROSARIO ¡A la farmacia más próxima!

LIBRADA A la de la esquina.

EVA ¡Qué idea baja a mi alma! ¡Esto es un castigo!

ROQUE ¿Qué castigo?

EVA ¡La Virgen de las Angustias nos ampare! Vamos a elevar nuestras preces a la Santa para que nos perdone la ofensa que le hemos inferido. Sólo así podrá salvarse la vida de Manuel.

ROSARIO Sí. Sí.

LIBRADA ¡Buena idea, mamá, buena idea!

ROQUE Nosotros a ver a Joaquín.

AURORA Vamos los tres.

RAIMUNDO Ya recibió la fatal noticia. Le dejé muy angustiado.

ROQUE Vamos corriendo.

EVA ¡Mitigad su pena! ¡Mitigad su pena! (Vanse por el foro Aurora, Roque y Antonio, para salir por el foro en la habitación de Joaquín. Doña Eva y los demás personajes que la rodean empiezan la oración, produciendo un murmullo como cuando se reza el rosario, murmullo que ya no cesa hasta que termina el drama.)

ESCENA XXVI

JOAQUÍN, en el pequeño intervalo de tiempo que transcurre hasta que hacen su aparición AURORA, ANTONIO y ROQUE, y preparando antes en una escena muda la situación, dice:

JOAQUÍN ¡Qué angustia! (Se levanta del sillón que ocupa.) ¡Aire! ¡Aire! ¿Dónde voy? ¡Mis

piernas flaquean! ¡Me siento morir!... (Cae destallecido en otro sillón que habrá cara al público.)

ESCENA FINAL

Dichos; AURORA, ROQUE y ANTONIO, por el foro.

AURORA ¡Joaquín!
ROQUE ¡Hermano!
ANTONIO ¡Hermano!
JOAQUÍN ¡Me muero!... ¡Me muero!...
AURORA ¡No!... ¡No!...
JOAQUÍN Escuchadme todos... ¿Dónde estais?
AURORA ¡Aquí!
ROQUE ¡Aquí!
JOAQUÍN Recibid mi testamento.
ROQUE De rodilas. (Antonio y Roque se arrodillan a ambos lados. Aurora de pié detrás del sillón.)
JOAQUÍN Aurora... Tú eres luz... Eres Amor... Roque... trabajador del campo... Antonio, obrero del taller... Uníos al Maestro de Escuela y salvad nuestro hogar... Redimid a nuestra madre... ¡Madre!... ¡Madre!... ¡Madre!... ¡Madre!... (La agonía de Joaquín va acompañada del murmullo del rezo hasta que cae el telón. Antes, al comenzar el rezo, quedó algo obscurecida la escena. Ahora, un rayo de luna que penetra por la puerta izquierda como viniendo del cuarto de Joaquín con el balcón abierto, ilumina el grupo que forman Joaquín, Aurora, Roque y Antonio, contrastando con el resplandor de los cirios que iluminan a la Virgen en el otro lado. Se ha de entonar mucho este doble efecto para que produzca la impresión de arte que el cuadro total exige.)

TELÓN

FIN DEL DRAMA

Precio: DOS pesetas